

América
SOCIALISTA

en defensa del **MARXISMO**

Número 37



**LA LUCHA POR LA
REVOLUCIÓN MUNDIAL**

América **SOCIALISTA**

en defensa del MARXISMO

Revista teórica de la **Internacional
Comunista Revolucionaria**

Editores:

Alan Woods
(Editor en Jefe)

Rob Sewell
Hamid Alizadeh
Francesco Merli
Daniel Morley

Ben Curry
Josh Holroyd
James Kilby
Jorge Martín
(edición en español)

Diseño:

Jesse Murray-Dean

Número 37 Noviembre 2024

© **In Defence of Marxism**

Todas las imágenes sin crédito
son de dominio público

pág.4 La lucha por la revolución mundial

pág.7 Cómo se construyó la
Internacional Comunista

pág.18 Guerra y revolución:
El caso de Austria 1914-18

pág.23 Cuando EEUU invadió
la Rusia soviética

pág.29 *La cuña roja* de El Lissitzky:
la esencia de la revolución

pág.34 El socialismo en un solo país:
Cómo Stalin abandonó el marxismo

Portada:

*¡Vence a los blancos con
la cuña roja!* (1919-20),
El Lissitzky

Interior:

Wendingen (1921), El Lissitzky



EL FANTASMA DEL COMUNISMO

¡El nuevo podcast de la Internacional Comunista Revolucionaria!



Contacto



americasocialista.org

contacto@marxist.com

Argentina

Organización Comunista Militante
www.argentinamilitante.org
elmilitante.argentina@gmail.com
Tel: +54 9 3416 565104

Bolivia

Facebook: Núcleo Comunista Revolucionario
comunistas.bo@gmail.com
IG: @comunistas.bo

Brasil

Organização Comunista Internacionalista
www.marxismo.org.br
contato@marxismo.org.br
Fone Brasil: +55 47 99632-4684

Canadá

Revolutionary Communist Party
www.marxist.ca
communistrevolution@marxist.ca
Tel: (416) 461-0304
Parti Communiste Révolutionnaire
www.marxiste.qc.ca
pcr@marxiste.qc.ca

Chile

Comunistas Revolucionarios
chile@americasocialista.org
IG: @comunistas_revolucionarios_cl

Colombia

Colombia Marxista
www.colombiamarxista.com
colombiamarxista@gmail.com
Tel: +57 (314) 794 - 6273

El Salvador

Revolución Comunista
www.elcomunista.org
redaccionmilitantebpj@gmail.com
Tel: +503 7300-5356

Estado español

www.comunistasrevolucionarios.org
contacto@
comunistasrevolucionarios.org
Tel: 646 630 889

Estados Unidos

Revolutionary Communists of America
communistusa.org
contact@communistusa.org

Guatemala

comunistagt@gmail.com

México

Organización Comunista Revolucionaria
www.marxismo.mx
contacto@marxismo.mx
Tel: +52 55 8561 3576

Perú

cmi.peru2021@gmail.com

Puerto Rico

Rumbo Alterno
www.rumboalterno.net
rumboalterno@gmail.com

Venezuela

Lucha de Clases
Tel: 0412-378-82-03
www.luchadeclases.org.ve
cmivenezuela1@gmail.com

LA LUCHA POR LA REVOLUCIÓN MUNDIAL

Editorial de Alan Woods

Un tema clave del presente número es el internacionalismo. Publicamos un importante artículo de Fred Weston sobre cómo se construyó la Internacional Comunista. Es muy importante que nuestros jóvenes camaradas comprendan quiénes somos y de dónde venimos. La historia de nuestro movimiento es muy rica en enseñanzas y merece un estudio cuidadoso.

Nuestra Internacional, la Internacional Comunista Revolucionaria (ICR), es a la vez muy joven y muy antigua. Ideológicamente, podemos rastrear nuestra historia hasta *El Manifiesto Comunista*. Aunque fue escrito en 1848, en lo esencial conserva toda su validez hoy en día.

Y a través del trabajo de Ted Grant, el veterano trotskista y fundador de nuestro movimiento, podemos rastrear nuestra historia hasta los orígenes de la Oposición de Izquierda Internacional a principios de la década de 1930.

Quien quiera entender la actual crisis del capitalismo debe, por tanto, volver a las ideas de Marx, Engels, Lenin y Trotski, la firme base ideológica sobre la que se construyó nuestra Internacional y que defendemos incondicionalmente.

EL MARXISMO ES INTERNACIONALISMO

No es casualidad que Marx y Engels afirmaron en el *Manifiesto Comunista* que el internacionalismo es una de las principales características de los comunistas, y que estos

«destacan y reivindican siempre, en todas y cada una de las acciones nacionales proletarias, los intereses comunes y peculiares de todo el proletariado, independientes de su nacionalidad».¹

Al tiempo que combatimos todas las formas de discriminación, desigualdad y opresión, defendemos la sagrada unidad de la clase obrera y combatimos implacablemente todo intento de dividir el movimiento obrero en función de la nacionalidad, la lengua, la religión, el sexo o la raza.

Este internacionalismo de Marx y Engels no era el producto de consideraciones sentimentales; fluía del hecho de que el capitalismo se desarrolla como un sistema mundial. De las diferentes economías y mercados nacionales surge un todo único, indivisible e interdependiente: el mercado mundial.

Hoy en día, la aplastante dominación del mercado mundial es el hecho más decisivo de nuestra época. Ni un solo país, por grande y poderoso que sea —ni Estados Unidos, ni China, ni Rusia— puede sustraerse a su poderosa atracción.

MARXISMO Y GUERRA

La necesidad del internacionalismo proletario no disminuye durante los periodos de guerra. Al contrario, es mayor cuando suenan los tambores de guerra y las clases dominantes intentan atontar a los trabajadores de sus propios países con el veneno del odio nacional.

Esto es algo que Marx y Engels siempre comprendieron. Tras la derrota de Napoleón III a manos de Bismarck en la guerra franco-prusiana, toda la prensa alemana «respetable» se llenó de llamamientos sanguinarios a favor de fuertes reparaciones y la anexión de territorio francés. Después de todo, ¿no había empezado Francia la guerra?

La sección alemana de la Internacional de Marx y Engels, la Asociación Internacional de Trabajadores, condenó en solitario la invasión de la nueva República Francesa y tendió una mano de amistad y solidaridad a los trabajadores de Francia: «... los obreros alemanes no tolerarán pacientemente la anexión de Alsacia y Lorena... ¡Apoyaremos fielmente a nuestros camaradas obreros de todos los países en la causa común internacional del proletariado!».²

Y cuando las tropas alemanas fueron utilizadas para ayudar a la clase dominante francesa a aplastar la Comuna de París en mayo de 1871, Marx lanzó el siguiente toque de clarín del internacionalismo proletario:

«El hecho sin precedente de que después de la guerra más tremenda de los tiempos modernos, el ejército vencedor y el vencido confraternicen en la matanza común del proletariado, no representa, como cree Bismarck, el aplastamiento definitivo de la nueva sociedad que avanza, sino el desmoronamiento completo de la sociedad burguesa. La empresa más heroica que aún puede

acometer la vieja sociedad es la guerra nacional. Y ahora viene a demostrarse que esto no es más que una añagaza de los gobiernos destinada a aplazar la lucha de clases, y de la que se prescinde tan pronto como esta lucha estalla en forma de guerra civil. La dominación de clase ya no se puede disfrazar bajo el uniforme nacional; todos los gobiernos nacionales son *uno solo* contra el proletariado.»³

LENIN Y LA III INTERNACIONAL

Con notable perspicacia, Marx había predicho ya en 1870 que la anexión de Alsacia-Lorena por parte de lo que se convertiría en el Imperio Alemán haría inevitable otra guerra, pero esta vez a una escala aún más espantosa.

La guerra estalló en el verano de 1914. Millones de obreros y campesinos fueron arrojados al matadero industrial de la Primera Guerra Mundial para redividir el mundo entre las potencias imperialistas.

En ese momento crucial, los dirigentes de la llamada Internacional «Socialista» abandonaron los principios internacionalistas que defendían de boquilla, abandonaron a la clase obrera mundial y apoyaron a sus propias clases dominantes nacionales, con sólo dos excepciones: los partidos serbio y ruso. De la noche a la



mañana, las organizaciones internacionales de la clase obrera dejaron de existir.

Karl Kautsky, el principal teórico de la socialdemocracia alemana de la época, anunció su completo abandono del marxismo y del internacionalismo cuando intentó justificar esta traición, argumentando que «la Internacional no puede ser un instrumento eficaz en tiempos de guerra: es esencialmente un instrumento de tiempos de paz».⁴

La II Internacional (Socialista) estaba muerta. Ya en 1914, Lenin sacó las conclusiones necesarias y proclamó la necesidad de una nueva Tercera Internacional. La posibilidad de construir esta Internacional a escala de masas vino dada por la oleada revolucionaria que barrió Europa tras la toma del poder por los obreros rusos en 1917.

DEGENERACIÓN

El lanzamiento de la Tercera Internacional (Comunista) fue un faro de esperanza para toda la humanidad. Frente al horror y la miseria sin fin prometidos por el capitalismo y la hipocresía de los reformistas, la III Internacional ofrecía un mundo nuevo, socialista.

Pero el enorme potencial de la III Internacional fue trágicamente dilapidado por el ascenso del estalinismo en la Unión Soviética, que hizo estragos en las direcciones aún inmaduras de los Partidos Comunistas en el extranjero.

Mientras que Lenin y Trotski veían la revolución socialista mundial como única salvaguarda para el futuro de la Revolución Rusa y de la Unión Soviética, Stalin y sus partidarios volvieron su mirada hacia el interior, con la llamada teoría del «socialismo en un solo país».

Como explica Niklas Albin Svensson en su artículo del presente número, la idea totalmente antimarxista de

que el socialismo podía construirse dentro de los confines de un solo Estado expresaba la limitación nacional de la perspectiva de la burocracia, que consideraba a la Internacional Comunista («Comintern») un mero instrumento de la política exterior de Moscú.

El peor resultado de esta degeneración se produjo en Alemania. Trotski llamó a un frente unido de trabajadores comunistas y socialdemócratas para luchar contra la amenaza nazi. Pero las advertencias de Trotski a los miembros del Partido Comunista cayeron en saco roto. En su lugar, la clase obrera alemana se dividió por la mitad. La demencial política del «socialfascismo» de la Comintern, que describía al fascismo y a la socialdemocracia como «hermanos gemelos», dividió y paralizó al poderoso movimiento obrero alemán, permitiendo que Hitler llegara al poder en 1933.

La derrota de la clase obrera alemana en 1933 fue un punto de inflexión dramático. Trotski llegó a la conclusión de que una internacional incapaz de reaccionar ante semejante derrota estaba muerta y que era necesario forjar una nueva internacional revolucionaria. La historia le dio la razón.

En 1943, tras haber sido utilizada cínicamente por Stalin como instrumento de la política exterior de Moscú, la Internacional Comunista fue disuelta ignominiosamente, sin siquiera la pretensión de un congreso. La herencia política y organizativa de Lenin recibió un duro golpe durante todo un periodo histórico.

LA IV INTERNACIONAL

En las condiciones más difíciles en el exilio, calumniado por los estalinistas y perseguido por la GPU, Trotski intentó reagrupar a las pequeñas fuerzas que permanecían leales a las tradiciones del bolchevismo y la Revolución de Octubre en la Oposición de Izquierdas Internacional.

Desgraciadamente, además de la pequeñez de sus fuerzas, muchos de los adherentes de la Oposición estaban confusos y desorientados, y se cometieron muchos errores, sobre todo de carácter sectario. Esto reflejaba en parte el aislamiento de los trotskistas del movimiento de masas.

Trotski escribió en *'Sectarismo, Centralismo y la IV Internacional'*:

«La verdad es que en las etapas iniciales, en las filas de los bolcheviques-leninistas ingresó un buen número de elementos anarquizantes e individualistas, generalmente incapaces de respetar la disciplina organizativa; también alguno que otro incompetente, incapaz de hacer carrera en la Comintern. Para estos elementos,

la lucha contra el "burocratismo" consistía más o menos en lo siguiente: jamás se deben tomar decisiones; la "discusión" debe ser la ocupación permanente. Podemos decir con toda justificación que los bolcheviques-leninistas fueron muy pacientes —quizás excesivamente pacientes— con tales individuos y grupúsculos. Cuando pudimos consolidar un núcleo internacional que ayudara a las secciones nacionales a purgar sus filas del sabotaje interno, sólo entonces nuestra organización internacional empezó a crecer sistemáticamente.»⁵

Y añadió:

«... las únicas organizaciones que sobrevivirán a las grandes convulsiones y seguirán desarrollándose, serán las que hayan purgado sus filas del sectarismo y las hayan educado sistemáticamente en el espíritu del desprecio por la vacilación y por la cobardía ideológica.»⁶

El asesinato de Trotski por uno de los agentes de Stalin en 1940 asestó un golpe mortal al movimiento.

La degeneración y el colapso de la IV Internacional tras la muerte de Trotski se debieron, en parte, a factores objetivos. Los poderosos vaivenes económicos del capitalismo mundial, y las renovadas ilusiones en el reformismo y el estalinismo, significaron que durante todo un periodo las fuerzas del marxismo genuino no podían esperar grandes logros.

Sin embargo, la incapacidad de los dirigentes de la IV —Pablo, Cannon, Mandel, Frank y compañía— para comprender los cambios en la situación objetiva desempeñó un papel fatal en la destrucción de la Internacional.

Este sectarismo está presente hoy en día en la mayoría de los grupos que dicen representar al trotskismo, pero que no han sabido comprender ni siquiera las ideas más elementales que Trotski defendía.

Las verdaderas tradiciones del trotskismo fueron mantenidas vivas por el camarada Ted Grant y los demás dirigentes de la sección británica, que pronto entraron en conflicto con la dirección de la llamada Cuarta.

Hoy, la Internacional Comunista Revolucionaria es la orgullosa heredera del hilo ininterrumpido que nuestra tendencia puede trazar a través del trabajo de Ted Grant, desde la Oposición de Izquierdas Internacional de Trotski en los primeros años de la Internacional Comunista, hasta *El Manifiesto Comunista* y la Primera Internacional.

Esta es nuestra bandera, nuestra tradición y nuestra herencia. Sus ideas nos proporcionan una base indestructible. Y ésta es la garantía del éxito futuro de nuestra Internacional.



LA RIVALIDAD INTERIMPERIALISTA

La necesidad de una internacional revolucionaria, basada en los auténticos principios del marxismo, nunca ha sido más necesaria.

La profunda crisis del sistema capitalista en todo el mundo y el declive relativo del imperialismo estadounidense — anteriormente la única e indiscutible potencia mundial— está dando lugar a un nuevo período de inestabilidad, rivalidad interimperialista y guerra.

En 1987, el presidente estadounidense Ronald Reagan y el líder soviético Mijaíl Gorbachov firmaron el Tratado sobre Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio (INF, por sus siglas en inglés), que obligaba a Estados Unidos y a la Unión Soviética a eliminar de forma permanente todos sus misiles balísticos y de crucero lanzados desde tierra, nucleares y convencionales, con un alcance de entre 500 y 5.500 kilómetros.

Finalmente, Estados Unidos se retiró del tratado en 2019, y Rusia siguió inevitablemente su ejemplo. Ha seguido una nueva ronda de la carrera armamentística, como la noche sigue al día.

El 10 de julio de este año, durante la cumbre del 75 aniversario de la OTAN en Washington, los gobiernos de Estados Unidos y Alemania anunciaron un plan para desplegar misiles estadounidenses de largo alcance en Alemania para 2026. Por primera vez desde la Guerra Fría, se desplegarán misiles estadounidenses de largo alcance en Alemania.

Según el ministro alemán de Defensa, Boris Pistorius, el despliegue «temporal» de armas estadounidenses daría a los aliados de la OTAN tiempo para prepararse: «Estamos hablando aquí de una brecha cada vez más grave en la capacidad de Europa». ¿Prepararse para qué, exactamente? El Sr. Pistorius no lo dijo. Pero podemos aventurar una suposición.

Evidentemente, se refería al próximo Armagedón entre Rusia y Occidente, una gloriosa conflagración en la que los valores sagrados de la democracia occidental se confirmarían en el espacio de aproximadamente cuatro minutos en un espléndido espectáculo de fuegos artificiales del que, por desgracia, muy pocas personas saldrían vivas.

Esta es, desde cualquier punto de vista racional, una forma muy peculiar de defender al pueblo europeo. De hecho, nos lleva a preguntarnos si no debería ser defendidos, no contra los rusos, ¡sino contra sus aliados de la OTAN!

RESPUESTA DÉBIL

Cabía esperar un coro de indignada oposición a esta locura, en particular por parte de los Verdes, que en los años ochenta se opusieron enérgicamente al estacionamiento de misiles estadounidenses de largo alcance en Alemania.

Pero ahora los Verdes se han vuelto «respetables». Han ocupado sus escaños en la coalición gobernante de Olaf Scholz y han apoyado lealmente su desastrosa política en Ucrania, siguiendo los dictados de Washington de la manera más servil.

Estos pequeño burgueses cobardes se han subido con entusiasmo al carro de combate de los belicistas, especialmente en la cuestión de Ucrania. De hecho, en esta cuestión, hay poco que los distinga del archi belicista Pistorius.

Por no hablar de los llamados partidos «comunistas» de Francia y España, que hacen declaraciones hipócritas en favor de la «paz» y de una «solución diplomática», mientras que en la práctica apoyan con entusiasmo el envío de armas y de ayuda militar a Ucrania, con el fin de perpetuar la matanza que la OTAN está llevando a cabo contra Rusia.

Tal es el destino de todos los reformismos de la época actual.

LUCHAR CONTRA EL IMPERIALISMO

Es la tarea de los comunistas en todo el mundo denunciar las mentiras y los crímenes de los imperialistas en todos los países y ofrecer una auténtica alternativa internacionalista a las frases hipócritas de la llamada «izquierda» reformista.

Precisamente por esta razón, la Internacional Comunista Revolucionaria ha llamado a organizar una campaña contra el militarismo y el imperialismo. Hacemos un llamamiento a todos los que se tomen en serio la lucha contra la guerra y el imperialismo para que participen en ella.

Pero para derrotar definitivamente al imperialismo debemos organizarnos, construir un partido mundial de la revolución proletaria. Esta es la tarea que se ha propuesto la Internacional Comunista Revolucionaria. Únete a nosotros — ¡es el momento!

¡Abajo los belicistas!

¡Lucha por la expropiación de los banqueros y capitalistas cuya avariciosa codicia de beneficios es causa constante de guerras y crisis!

¡Por un mundo socialista libre del azote de la pobreza, la explotación, las guerras y la opresión!

¡La única guerra justa es la guerra de clases!

Londres,
17 de septiembre de 2024 ■

Referencias en línea
americasocialista.org/amsoc37
o escanea el código QR



¡LIBROS, NO BOMBAS! ¡SANIDAD, NO GUERRA!

Lee nuestra
declaración contra la
guerra imperialista



Lee nuestro análisis
sobre Ucrania, Medio
Oriente y más



Únete
a la

RICR





CÓMO SE CONSTRUYÓ LA INTERNACIONAL COMUNISTA

La Primera Guerra Mundial provocó el colapso de la Segunda Internacional a su comienzo, y una oleada de revoluciones hacia su final. Fue en este contexto en el que Lenin construyó con éxito la Tercera Internacional (Comunista), con poderosas secciones en muchos países, con el objetivo de proporcionar la dirección necesaria para la victoria de la revolución mundial. En este artículo, **Fred Weston** explica los procesos de formación de esta nueva Internacional, y el papel que Lenin y Trotski desempeñaron en la educación de una nueva capa de comunistas para las tareas que tenían por delante.

El capitalismo es un sistema global, y la lucha para derrocarlo, por lo tanto, tiene que ser global. Esto explica por qué desde los tiempos de Marx y Engels, los marxistas —comunistas revolucionarios— se han organizado a nivel internacional, desde la Primera Internacional, pasando por la Segunda, la Tercera y la Cuarta.

Hoy nos enfrentamos de nuevo a un sistema capitalista en profunda crisis a escala mundial. Dondequiera que miremos vemos guerras, guerras civiles, hambruna, cambio climático, el aumento del coste de la vida, deuda a niveles sin

precedentes y crisis políticas en un país tras otro, con cambios bruscos y giros a la izquierda y a la derecha.

Como resultado, estamos viendo estallidos revolucionarios de las masas en todo el mundo, como en Sri Lanka el año pasado y en Kenia y Bangladesh este año. El mundo se precipita hacia la revolución social en todas partes.

Esto plantea una vez más, como en los tiempos de Lenin, la necesidad de una organización internacional que reúna a los comunistas revolucionarios de todos los países. Por eso hemos lanzado la Internacional Comunista Revolucionaria (ICR) como un faro para todos los trabajadores

y jóvenes serios que han comprendido la necesidad de la revolución.

Nuestro objetivo es construir una Internacional revolucionaria de masas que pueda proporcionar la dirección necesaria para garantizar que la próxima oleada revolucionaria tenga éxito en poner fin al sistema capitalista de una vez por todas, y que no termine en derrota para la clase obrera, como ha ocurrido en el pasado.

Los primeros años de la Tercera Internacional (Comunista), conocida como la «Comintern», son una valiosa experiencia histórica para nosotros hoy, cuando procedemos a construir las secciones de la ICR. ¿Cómo se transformarán las fuerzas

relativamente pequeñas que tenemos hoy en poderosos Partidos Comunistas Revolucionarios de masas?

UNA NUEVA INTERNACIONAL

El estallido de la Primera Guerra Mundial en julio de 1914 fue un punto de inflexión decisivo en la historia mundial. Las potencias imperialistas de Europa movilizaron a sus respectivas clases trabajadoras para masacrarse mutuamente en pos de sus objetivos bélicos depredadores. Entonces, más que nunca, se necesitaba una dirección internacionalista clara, que atravesara la fiebre de la guerra y ayudara a convertir la guerra imperialista en una guerra de clases. Pero casi todos los dirigentes de los partidos de la II Internacional cedieron ante la presión y apoyaron a «sus» respectivos capitalistas.

Las semillas de esta traición había que buscarlas en el hecho de que la II Internacional, fundada en 1889, se desarrolló durante un periodo de auge capitalista. La capacidad de la clase obrera en este periodo para conseguir reformas mediante la lucha de clases influyó en la perspectiva de sus dirigentes, que desarrollaron la opinión de que el socialismo podía alcanzarse mediante reformas graduales. Así, con el tiempo, el programa de la revolución socialista fue sustituido por la colaboración de clases y el reformismo.

Aunque se libraron varias polémicas contra estas tendencias oportunistas, el grado de degeneración se produjo en

gran medida por debajo de la superficie. En las actividades cotidianas, muchos de sus representantes locales habían empezado a comportarse *de facto* como colaboracionistas de clase. Sin embargo, la posición oficial del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) seguía siendo de adhesión al marxismo. De ahí que Lenin se escandalizara tanto al leer sobre la capitulación de los dirigentes del SPD al estallar la guerra, que pensó que el número de su periódico que anunciaba su apoyo a la guerra era una falsificación del Estado Mayor alemán.

Sin embargo, una vez que quedó clara la magnitud de la traición, Lenin diagnosticó correctamente que la II Internacional estaba muerta y era incapaz de dirigir la revolución socialista mundial hacia la victoria. Por lo tanto, proclamó la necesidad de una tercera internacional ya en noviembre de 1914.

Pero dadas las circunstancias de la guerra imperialista, con el vaciamiento de las organizaciones obreras, combinado con la traición de los dirigentes «socialistas», aún no se daban las condiciones para fundar tal internacional. De hecho, en la conferencia antibélica de Zimmerwald en 1915, Lenin señaló que los auténticos internacionalistas del mundo podrían ser apretujados en unas pocas diligencias. Sería necesario el desarrollo de grandes acontecimientos, entre ellos la Revolución Rusa de 1917, para que surgieran las fuerzas de una nueva Internacional.

LA IMPORTANCIA DE LA TEORÍA

La tarea más importante de Lenin en la refundación de una internacional revolucionaria fue, por tanto, rescatar el método y el programa del marxismo genuino de las distorsiones de los oportunistas.

No es casualidad que en 1914, tras estallar la Primera Guerra Mundial, Lenin se tomara el tiempo de estudiar a fondo a Hegel. ¿Por qué lo hizo? Porque sin una comprensión de la dialéctica de Hegel no es posible comprender plenamente el método de Marx.

Lenin aplicó hábilmente este método para combatir a los llamados «marxistas» que citaban erróneamente fragmentos de Marx para justificar el apoyo a «sus propias» clases dominantes durante la guerra. Los escritos de Lenin durante este periodo son, por tanto, un tesoro de teoría marxista e incluyen *La bancarrota de la II Internacional* (1915); su folleto *El socialismo y la guerra* (1915); y su famoso *El imperialismo: fase superior del capitalismo* (escrito entre enero y junio de 1916).

La clarificación y defensa del marxismo por parte de Lenin fue vital para la capacidad de los bolcheviques de llevar la Revolución Rusa a la victoria. Esto es evidente en sus *Cartas desde lejos* (escritas en marzo de 1917); seguidas de sus *Tesis de abril*; y su obra cumbre, *El Estado y la revolución* (escrita en agosto-septiembre de 1917); todas ellas fueron esenciales para combatir las vacilaciones de la dirección bolchevique en el curso de la revolución.

Celebración en honor de la Apertura del segundo congreso de la comintern (1921), Isaak Brodsky



La historia del Partido Bolchevique es rica en lecciones sobre cómo construir un partido revolucionario. Pasó por periodos de trabajo clandestino, de pequeñas células trabajando en condiciones extremadamente difíciles, pero también por períodos de trabajo de masas, como en 1905, cuando estalló la primera revolución rusa.

Esta rica experiencia del Partido Bolchevique formaría la base teórica de la Internacional Comunista en el periodo de sus cuatro primeros congresos, 1919-22. Todo esto se desprende muy claramente de los debates.

Si se repasan las resoluciones, documentos y discursos de los cuatro primeros congresos, se ve claramente el papel educativo fundamental de Lenin y Trotski, dos gigantes de la teoría marxista. Entendían que su tarea consistía en transmitir su experiencia acumulada y sus ideas a una nueva generación de dirigentes revolucionarios que estaban saliendo a la palestra. De este modo, podrían ayudar a armar a los Partidos Comunistas que se estaban desarrollando en todo el mundo con los métodos y tácticas correctos para la victoria.

EL I CONGRESO: LLAMADO A LAS ARMAS

Los grandes acontecimientos preparan las condiciones para la revolución, y a su vez es la crisis del capitalismo la que prepara esos acontecimientos. La Revolución Rusa de 1917 inauguró un período inmediatamente posterior a la Primera Guerra Mundial en el que se produjo una oleada

revolucionaria que recorrió toda Europa. Las condiciones objetivas para la revolución habían madurado, o estaban madurando, en un país tras otro.

En enero de 1918, una huelga general de dimensiones revolucionarias se apoderó de Austria-Hungría. Y en noviembre de ese año comenzó la revolución alemana, que derrocó al káiser y puso fin a la guerra. Los dirigentes del SPD fueron empujados al gobierno, e hicieron todo lo posible por devolver el poder a los capitalistas. La revolución volvió a extenderse a Austria, donde los socialdemócratas austriacos traicionaron igualmente a la revolución obrera.

Mientras tanto, la II Internacional se había dividido en tres grandes bandos. El primero era el de los chovinistas a ultranza, que habían traicionado abiertamente en el transcurso de la guerra. En segundo lugar estaba lo que Lenin llamaba el 'Centro' —con Kautsky como cabeza visible—, que disfrazaba su oportunismo con lenguaje revolucionario. Y en tercer lugar estaba la creciente ala revolucionaria, muchos de cuyos miembros se escindieron de la II Internacional para formar Partidos Comunistas en sus respectivos países.

El Primer Congreso de la Comintern se celebró en Moscú entre el 2 y el 6 de marzo de 1919 con el objetivo de fusionar las diversas corrientes revolucionarias a escala internacional. Sólo asistieron 52 delegados, dadas las dificultades para viajar a Moscú en plena Guerra Civil, unidas al hecho de que el proceso de radicalización se encontraba aún en una fase incipiente. Como tal, el congreso fue más bien un llamado a las armas, para ser un punto de referencia de esta izquierda revolucionaria internacional en desarrollo a medida que maduraba el proceso de la revolución mundial.

El congreso emitió un manifiesto —redactado por León Trotski— que afirmaba audazmente:

«Es el proletariado el que debe establecer el orden real, el orden del comunismo. Debe poner fin a la dominación del capital, hacer imposible la guerra, borrar las fronteras estatales, transformar el mundo entero en una mancomunidad cooperativa y lograr la verdadera fraternidad y libertad humanas»¹.

Uno de los principales objetivos del congreso era trazar una clara línea divisoria entre el mismo y los reformistas de la II Internacional, incluido el «Centro» de Kautsky. Por ello, gran parte de los debates se centraron en el reconocimiento de la «dictadura del proletariado» y la democracia soviética —es decir, el poder obrero—, a los que los reformistas eran hostiles.

Así pues, el congreso levantó firmemente la bandera de la revolución mundial para que la vieran los trabajadores

del mundo entero. La nueva Internacional Comunista se convertiría en un punto de referencia para millones de personas en el tormentoso período de lucha que siguió.

RÁPIDA RADICALIZACIÓN

La lucha de clases se desarrolla a lo largo de décadas, pero hay periodos en los que asistimos a una rápida evolución de la conciencia de la clase obrera. En Gran Bretaña, el número de jornadas de trabajo perdidas por huelga fue de 35 millones en 1919 y de 86 millones en 1921. La afiliación sindical pasó de 4,1 millones en 1914 a 8,3 millones en 1920. Esto se combinó con un aumento del apoyo al Partido Laborista.

En Alemania el número de huelgas en 1919 fue de 3.682, aumentando a 4.348 en 1922. La afiliación a los sindicatos socialistas pasó de 1,8 millones en 1918 a 5,5 millones en 1919, un aumento de casi 4 millones de trabajadores en sólo un año. En 1920 la afiliación a todos los sindicatos —no sólo a los socialistas— alcanzó los 10 millones. Esa es la expresión estadística de la revolución iniciada en 1918.

En Italia, la CGL —la confederación sindical dirigida por los socialistas— pasó de 250.000 afiliados en 1918 a 2,1 millones en 1920. Mientras tanto, la afiliación al Partido Socialista Italiano (PSI) se triplicó con creces en el mismo periodo, pasando de 60.000 en 1918 a 210.000 en 1920. En esos dos años se produjo una oleada de huelgas masivas que culminó con la ocupación de las fábricas en septiembre de 1920.

Se pueden encontrar cifras similares para muchos otros países. Basta decir que en todas partes los sindicatos se expandieron exponencialmente, y los partidos de la clase obrera también aumentaron significativamente sus fuerzas.

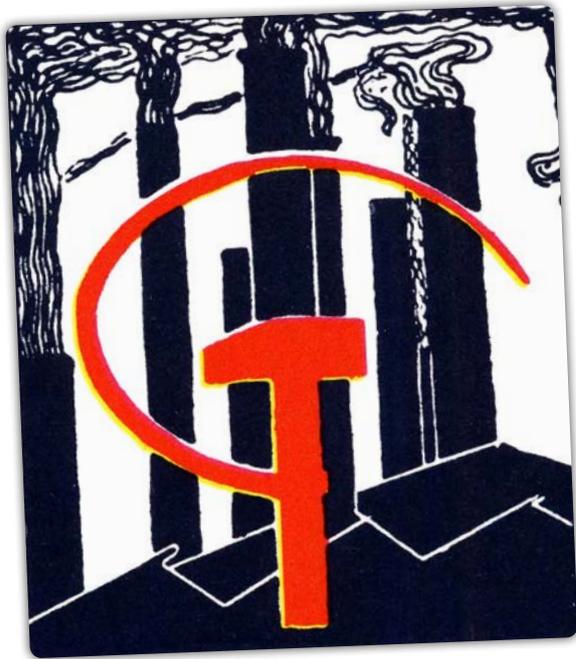
Al mismo tiempo, en todas partes vimos como los dirigentes sindicales desempeñaban un papel conservador, frenando a los trabajadores, mientras que también se producía una abierta traición por parte de los dirigentes políticos de la clase obrera.

Fue esta experiencia la que vio surgir fuertes corrientes de izquierda en el seno de los partidos socialistas. De estas corrientes surgirían algunos de los principales Partidos Comunistas de Europa, en países como Alemania, Francia e Italia.

No existe una fórmula única para explicar cómo se desarrolló este proceso. En Francia, Italia y Alemania, las fuerzas de masas de los partidos comunistas procedían de la vieja socialdemocracia.

En otros lugares, como Gran Bretaña, se produjo la fusión de pequeños grupos revolucionarios en secciones nacionales de la Internacional Comunista. En otros lugares, como en gran parte de Asia y África, los Partidos Comunistas se construyeron a partir de un puñado de cuadros





Carnet de afiliado al Partido Comunista Italiano, 1923



Guardias rojos en una fábrica ocupada en Italia, 1920

iniciales, siendo China el principal ejemplo. En América Latina los primeros partidos comunistas surgieron por el impacto de la revolución rusa en núcleos o partidos socialistas ya existentes.

FRANCIA

En Francia, las filas del Partido Socialista Francés SFIO (Sección Francesa de la Internacional Obrera — SFIO) sintieron el impacto tanto de la crisis en Francia como de la Revolución Rusa. En 1920, el partido celebró dos congresos: uno en abril, en el que se nombró una delegación para visitar la Rusia soviética, y otro en Tours, organizado a finales de diciembre del mismo año.

El secretario general de la SFIO, Ludovic-Oscar Frossard, junto con Marcel Cachin, nuevo director del periódico del partido, *L'Humanité*, pidieron la adhesión incondicional a la Internacional Comunista. La facción de derechas, dirigida por el destacado diputado Léon Blum, se opone a esta postura, mientras que una tercera posición, expresada por Jean Longuet, aboga por la adhesión pero con «ciertas condiciones», es decir, sin adherirse plenamente al programa y los principios de la Internacional Comunista.

Tras escuchar las diferentes posiciones expresadas en el congreso, la mayoría de los delegados —3.252 frente a 1.022— votaron a favor de la adhesión a la Internacional Comunista. Las juventudes del partido, las Juventudes Socialistas, ya habían tomado la decisión de adherirse a la Internacional Juvenil Comunista unos meses antes.

Unos meses más tarde adoptaron el nombre de Partido Comunista-Sección Francesa de la Internacional Comunista (PC-SFIC), con 110.000 afiliados. Léon Blum se separó para reformar la SFIO, con sólo 40.000 miembros.

ITALIA

En Italia, el PSI se unió formalmente a la Internacional Comunista en marzo de 1919. En su congreso de octubre de 1919, celebrado en Bolonia, llamó incluso a la creación de soviets en Italia y al derrocamiento de la democracia burguesa. Pero esto fue sólo de palabra; en la práctica no hizo nada concreto para actuar consecuentemente con estas decisiones.

El congreso de Bolonia se limitó a expresar los deseos reales de las filas del partido, pero éstos se filtraron a través de los dirigentes reformistas y centristas.

En septiembre de 1920, el papel traicionero de los reformistas durante la ocupación de las fábricas aceleró el proceso de diferenciación interna entre el ala genuinamente revolucionaria del partido y los centristas y reformistas vacilantes.

Cuando el partido se reunió en su congreso en Livorno el 15 de enero de 1921, las «Condiciones de Admisión en la Internacional Comunista» o las «21 Condiciones», como se las suele llamar —adoptadas por el II Congreso de la Comintern para trazar una línea de demarcación contra los oportunistas— estuvieron en el centro del debate. Se planteaba explícitamente la cuestión de la expulsión del ala reformista del partido y de sus dirigentes, en particular Filippo Turati y Giuseppe Modigliani.

Amadeo Bordiga —que se convertiría en el dirigente del Partido Comunista— abogó por aceptar las 21 Condiciones en su totalidad. Giacinto Serrati, dirigente de la corriente centrista mayoritaria del partido, se negó a aceptarlas.

Se presentaron tres resoluciones al congreso, y Serrati obtuvo el apoyo de 100.000 miembros del partido, los derechistas 15.000, y los comunistas 58.000.

Posteriormente, los comunistas abandonaron el congreso, cantando la *Internacional*, y se reunieron en el Teatro San

Marco para fundar el *Partito Comunista d'Italia* (PCd'I), la sección italiana de la Internacional Comunista.

ALEMANIA

En Alemania el proceso no fue tan sencillo como en Francia e Italia. Sin embargo, expresó una línea de desarrollo similar: el grueso de los miembros del futuro Partido Comunista de Alemania (KPD) procedía de las filas de masas del antiguo SPD, que había crecido masivamente gracias a los acontecimientos revolucionarios del periodo inmediatamente posterior al final de la guerra.

Al principio, los auténticos revolucionarios se agruparon en el SPD en torno al grupo *Internationale*, más tarde conocido como los «espartaquistas». En abril de 1917 se produjo una importante escisión, con la formación de los «Independientes», el USPD. Los espartaquistas siguieron la escisión, pero tras el estallido de la Revolución Alemana en noviembre de 1918, decidieron romper con el USPD y fundaron el Partido Comunista a finales de 1918.

En gran medida como reacción contra el reformismo del SPD y el oportunismo de Kautsky y la mayoría de los dirigentes del USPD, el KPD nació infectado de ideas ultraizquierdistas. Por ejemplo, boicotearon los sindicatos y se negaron a participar en las elecciones para la Asamblea Constituyente, convocadas para enero de 1919. También eran propensos al aventurerismo, como el prematuro «levantamiento espartaquista» de enero de 1919. Tras el asesinato de sus dos principales dirigentes —Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht—, quedaban pocos dirigentes experimentados capaces de frenar sus tendencias ultraizquierdistas.

El USPD —el «SPD independiente»— emergió como una fuerza importante, con 300.000 afiliados en marzo de 1919, que crecieron rápidamente hasta los 800.000 en abril de 1920. Los Independientes se convirtieron en un canal para la radicalización masiva de la clase obrera. Como resultado, la mayoría del USPD aceptó las 21 condiciones y votó a favor de adherirse a la Internacional Comunista en su congreso de octubre de 1920, y se fusionó con el KPD. En el proceso, se dividió por la mitad, perdiendo su ala derecha. Así se formó el mayor Partido Comunista fuera de la Rusia soviética, con 500.000 miembros.

Los Independientes se convirtieron en un canal para la radicalización masiva de la clase obrera. Como resultado, la mayoría del USPD aceptó las 21 condiciones y votó a favor de adherirse a la Internacional Comunista en su congreso de octubre de 1920, y se fusionó con el KPD. En el proceso, se dividió por la mitad, perdiendo su ala derecha. Así se formó el mayor Partido Comunista fuera de la Rusia soviética, con 500.000 miembros.

Los Independientes se convirtieron en un canal para la radicalización masiva de la clase obrera. Como resultado, la mayoría del USPD aceptó las 21 condiciones y votó a favor de adherirse a la Internacional Comunista en su congreso de octubre de 1920, y se fusionó con el KPD. En el proceso, se dividió por la mitad, perdiendo su ala derecha. Así se formó el mayor Partido Comunista fuera de la Rusia soviética, con 500.000 miembros.

GRAN BRETAÑA

En Francia, Italia y Alemania tenemos ejemplos concretos de Partidos Comunistas de masas surgidos del ala izquierda de la antigua socialdemocracia. En Gran

Bretaña, sin embargo, el partido se formó en 1920 mediante la fusión de una serie de grupos marxistas más pequeños, que incluían el Partido Socialista Británico, el Grupo de Unidad Comunista del Partido Socialista Laborista, así como la Sociedad Socialista del Sur de Gales. Un año más tarde se unió también el Partido Laborista Comunista Escocés.

Sin embargo, al igual que en Alemania e Italia, al principio el partido se contagió de tendencias ultraizquierdistas. Algunos opinaban que había que rechazar el trabajo parlamentario y que el partido no debía tener nada que ver con el Partido Laborista.

Sin embargo, no se podía eludir la cuestión de que la *masa* de trabajadores británicos seguía viendo al Partido Laborista como su punto de referencia. Por eso Lenin dedicó una sección de su texto, *El izquierdismo: enfermedad infantil del comunismo*, a educar y reorientar a los comunistas británicos para que trabajaran en el Partido Laborista y en torno a él. Y una sesión entera del II Congreso de la Internacional Comunista se dedicó a debatir esta cuestión en detalle.

EL II CONGRESO

La creciente radicalización de una capa de la clase obrera en todo el mundo se reflejó en la composición y las tareas del II Congreso de la Comintern, celebrado entre el 19 de julio y el 7 de agosto de 1920.

Mientras que el Primer Congreso fue más bien un llamamiento a las pequeñas tendencias y grupos comunistas, al Segundo Congreso asistieron 218 delegados de 54 partidos y organizaciones de todo el mundo para aclarar el programa y la táctica de la nueva Internacional.

Dado que una gran parte de las filas de muchos de los partidos socialistas estaba dispuesta a unirse a la Comintern, existía el peligro de que muchos de los antiguos dirigentes reformistas y funcionarios de los partidos abandonaran el barco con ellos, para intentar conservar su relevancia y sus posiciones.

Por ejemplo, el Partido Socialista Italiano, el PSI, se había unido *en bloque* a la Internacional Comunista bajo la presión de las bases del partido que habían sido revolucionadas por la intensa lucha de clases del periodo 1918-20 en Italia. Sin embargo, el ala reformista, encabezada por Turati y Modigliani, seguía en el partido, trabajando contra las ideas revolucionarias de la Internacional.

Desde el principio la atención del II Congreso se centró en este peligro. Se celebraron una serie de debates, entre otros sobre el papel de los partidos comunistas, los soviets y los métodos de trabajo, con el fin de distinguir firmemente el programa de los comunistas del de los reformistas. Estos se resumieron en las 21 condiciones, redactadas por el propio Lenin:

«En la actualidad se dirigen con frecuencia creciente a la Internacional Comunista partidos y grupos que hasta hace poco pertenecían a la II Internacional y que ahora desean ingresar en la III internacional, pero de hecho no son comunistas. La II Internacional está definitivamente deshecha. Los partidos y grupos intermedios del “centro”, ante la bancarrota completa de la II Internacional, tratan de unirse a la Internacional Comunista, más fuerte cada día, con la esperanza, sin embargo, de conservar una “autonomía” que les permita aplicar la anterior política oportunista o “centrista”. La internacional Comunista se está poniendo, hasta cierto punto, de moda.

El deseo de algunos dirigentes del “centro” de ingresar ahora en la III Internacional Comunista es una confirmación indirecta de que la Internacional Comunista, se ha granjeado las simpatías inmensas de la mayoría de los obreros conscientes del mundo entero y se convierte en una fuerza cada vez mayor.

En determinadas circunstancias, la Internacional Comunista puede correr el *peligro de debilitarse a causa de la presencia en su seno de grupos vacilantes e indecisos* que no han desembarazado aún la ideología de la II Internacional»².

Para proteger a la nueva Internacional de tal contagio, el punto 7 afirmaba específicamente que «no puede consentir

«¿La dictadura de Stinnes o la dictadura del proletariado?»

Cartel electoral del Partido Comunista Alemán en 1920. El industrial y político Hugo Stinnes, representado a la izquierda, ayudó a financiar a los Freikorps, responsables de los asesinatos de los comunistas revolucionarios Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo en 1919.





El mundo está parado sobre un volcán... (1921), Vladimir Mayakovsky. En la pancarta se lee «Comintern».

que los reformistas redomados, como, por ejemplo, Turati, Modigliani y otros, tengan el derecho a considerarse miembros de la III Internacional»³. Se trataba de una medida dirigida específicamente a los traidores de clase incorregibles, a los colaboradores de clase abiertamente reformistas que se habían convertido en miembros de algunas de las secciones de la Internacional Comunista.

PROGRAMA Y MÉTODOS

En el II Congreso se debatieron en profundidad una serie de cuestiones importantes.

Por ejemplo, Lenin advirtió contra la idea del «colapso inminente del capitalismo» como un error ultraizquierdista que había que corregir. Advirtió a los delegados del congreso que, aunque en muchos países existía claramente una crisis revolucionaria, los capitalistas aún tenían la posibilidad de encontrar una salida, siempre y cuando lograran aferrarse al poder, y el resultado dependía del partido revolucionario de cada país. No había ninguna garantía preestablecida del éxito de la revolución.

Lenin también dedicó mucha atención a otras cuestiones clave de la teoría. Redactó (y enmendó) el *Proyecto de Tesis sobre la Cuestión Nacional y Colonial* para el II Congreso. Las *Tesis* representaban una clara ruptura con las posiciones a menudo ambiguas adoptadas por los partidos de la II Internacional, donde los reformistas de derechas veían en el colonialismo una «misión civilizadora europea», apoyando así las ambiciones imperialistas de sus propias burguesías nacionales.

La Internacional Comunista se puso firmemente del lado de los pueblos oprimidos de las colonias y llamó a la clase obrera de los países avanzados a apoyar las luchas antiimperialistas de estos pueblos. Distinguió claramente entre naciones oprimidas y opresoras. Sin esta posición de principio sobre el colonialismo habría sido imposible construir secciones de la Internacional en los países coloniales. Una vez más, vemos cómo las ideas son la clave para construir una organización.

Por ejemplo, en China —en aquella época un país semicolonial— estas ideas tuvieron un profundo impacto a la hora de aglutinar las fuerzas iniciales del Partido Comunista. Sus cuadros iniciales comenzaron como un grupo de estudio marxista en la Universidad de Pekín, en el que un profesor —Chen Duxiu— desempeñaba un papel clave.

Al principio, el grupo estaba formado por intelectuales, que luego fundaron el Partido Comunista de China en julio de 1921. En su congreso fundacional se reunieron doce delegados, que representaban a 59 miembros en total.

Las reducidísimas fuerzas con las que contaban no les impidieron autodenominarse partido, que se construyó literalmente desde cero. Esta pequeña agrupación inicial pudo alcanzar la cifra de 1.000 miembros —en su mayoría estudiantes universitarios e intelectuales— en mayo de 1925.

Entonces se produjo un acontecimiento histórico de primer orden, la Revolución China de 1925-27, que abrió enormes posibilidades al partido, ya que decenas

de miles de trabajadores engrosaron sus filas. En dos años, el número de miembros del partido se acercó a los 60.000.

La Revolución Rusa tuvo un enorme impacto en todo el mundo. Comenzaron a surgir partidos y grupos comunistas en muchos otros países del mundo, por ejemplo en Oriente Medio o en América Latina, donde a menudo empezaron como pequeños círculos de intelectuales, que más tarde conectaron con capas más amplias de trabajadores.

CONTRA EL ULTRAIZQUIERDISMO

La Internacional Comunista había conseguido atraer a su bandera a una amplia capa de trabajadores y jóvenes militantes, muchos de los cuales se habían radicalizado por los recientes acontecimientos. Sin embargo, muchos de ellos —incluidos los dirigentes de los nuevos partidos comunistas— eran completamente inexpertos en lo que se refiere a la comprensión del método y la táctica marxistas.

Muchos de estos nuevos comunistas sentían un sano rechazo por el oportunismo de la II Internacional, que se había adaptado al parlamentarismo. Asimismo, muchos se sentían frustrados por los dirigentes reformistas de los sindicatos, que actuaban como un freno para el movimiento. Una capa, sin embargo, llegó a la falsa conclusión de que «bolchevismo» significaba simplemente intransigencia revolucionaria y rechazo de todo compromiso. Pensaron que bastaba con construir partidos comunistas denunciando simplemente la democracia burguesa y creando sindicatos puramente «revolucionarios». Herman Gorter, un



comunista holandés, incluso atacó a Lenin, acusándolo de “oportunisto” por defender el trabajo parlamentario y el trabajo en los sindicatos.

Lenin describió esta actitud como ‘ultraizquierdista’, o ‘comunismo de izquierdas’. Subrayó que no basta con *denunciar* el capitalismo y esperar a que las masas se unan al partido revolucionario. Hay que *ganar a las masas*, lo que requiere la máxima flexibilidad táctica. Esta era la lección clave de toda la historia del Partido Bolchevique.

Lenin comprendió que, a menos que se corrigieran rápidamente esas ideas sectarias, las secciones de la Internacional Comunista podrían ser destruidas contra las rocas de la propia revolución. No obstante, Lenin calificó este error de «infantil», es decir, producto de la inmadurez, que podía corregirse mediante la explicación y el debate pacientes.

Por ello, Lenin escribió su libro *El izquierdismo: enfermedad infantil del comunismo*, en abril-mayo de 1920, precisamente para abordar esta cuestión en el II Congreso de la Comintern. En él resume las lecciones que el Partido Bolchevique había aprendido de su participación en tres revoluciones entre 1905 y 1917, y las lecciones aprendidas desde la conquista del poder y advierte contra los peligros del oportunismo y del ultraizquierdismo.

El libro se publicó en alemán, inglés y francés, para que todos los delegados al II Congreso pudieran leerlo. La importancia que Lenin concedió a este texto se desprende de su participación personal en la composición tipográfica y la impresión del libro. Quería estar absolutamente seguro de que se publicaría antes de la apertura del Congreso.

Tanto Lenin como Trotski trataron de aclarar las auténticas ideas y tácticas comunistas mediante pacientes explicaciones y debates en los congresos de la Internacional Comunista y en torno a ellos. Escribieron extensos textos y pronunciaron discursos sobre las cuestiones clave.

Como podemos ver en este ejemplo, Lenin, en la mayoría de los casos, trató de resolver los problemas políticos con métodos *políticos*, no con medidas organizativas.

Lenin dedicó mucho tiempo a esto. Comprendió que no se puede convencer y educar a comunistas auténticos, *pensantes* y revolucionarios utilizando métodos autoritarios. Todo lo que se consigue con eso son «tontos obedientes» incapaces de orientarse en la tormenta y la tensión de la lucha de clases y la revolución.

LOS SINDICATOS

Los Congresos II y III también debatieron ampliamente la cuestión sindical. En las *Tesis sobre el movimiento sindical, los comités de fábrica y de empresas* discutidas en el II Congreso, se afirma claramente que:

«...durante la guerra, los sindicatos se presentaban con frecuencia en calidad de elementos del aparato militar de la burguesía; ayudaron a esta última a explotar a la clase obrera con mayor intensidad y a llevar a cabo la guerra del modo más enérgico, en nombre de los intereses del capitalismo. Como resultado de abarcar sólo a los obreros especialistas mejor retribuidos por los patronos, de actuar en los límites corporativos muy estrechos, encadenados por un aparato burocrático totalmente extraño a las masas engañadas por sus líderes reformistas, los sindicatos

traicionaron no solamente la causa de la revolución social sino, también, la de la lucha por el mejoramiento de las condiciones de vida de los obreros que ellos habían organizado.»⁴

Habiendo afirmado esto de forma muy rotunda y clara, las mismas *Tesis* también reconocían que,

«... las amplias masas obreras que permanecían hasta ahora al margen de los sindicatos afluyen a ellos. En todos los países capitalistas se comprueba un prodigioso crecimiento de los sindicatos que ahora ya no representan únicamente a la organización de los elementos progresistas del proletariado sino a la de toda su masa. Al entrar en los sindicatos, las masas tratan de convertirlos en su arma de combate

El antagonismo de las clases que cada vez se agudiza más, fuerza a los sindicatos a organizar huelgas cuya repercusión se hace sentir en todo el mundo capitalista, interrumpiendo el proceso de la producción y el intercambio capitalista. Al aumentar sus exigencias, a medida que aumenta el coste de la vida y que ellas mismas se agotan cada vez más, las masas obreras destruyen todo cálculo capitalista que representa el fundamento elemental de una economía organizada. *Los sindicatos, que durante la guerra se habían convertido en los órganos del sometimiento de las masas obreras a los intereses de la burguesía, representan ahora los órganos de la destrucción del capitalismo.*»⁵ (Énfasis añadido)

Aquí vemos el método dialéctico de Lenin en acción. Permite a los comunistas ver cómo las cosas, a medida que se desarrollan y cambian, pueden convertirse en su contrario. Los sindicatos estaban siendo presionados desde dos intereses de clase totalmente opuestos.

Por un lado, los capitalistas trabajan conscientemente para corromper a los dirigentes sindicales con el fin de utilizarlos para vigilar a la clase obrera. Por otro lado, las filas de los sindicatos crecían a medida que la masa de trabajadores, sintiendo la presión de la inflación y el empeoramiento de las condiciones de trabajo, empujaba a los dirigentes a tomar partido por sus intereses.

Por eso las *Tesis* afirmaban que «los comunistas deben afiliarse a esos sindicatos en todos los países», y que todo intento de retirarse de los sindicatos, o de organizar sindicatos alternativos, representaba «un gran peligro para el movimiento comunista». Hacerlo amenazaba con apartar «de la masa a los obreros más progresistas, más conscientes, y la impulsa hacia los jefes oportunistas que trabajan para los intereses de la burguesía.»⁶

Como en todas las declaraciones de este tipo, siempre existe el peligro de una interpretación mecánica unilateral. ¿Acaso

el principio de que los comunistas debían unirse a los sindicatos excluía siempre y en todas partes la posibilidad de escindir-se de ellos?

El método de Lenin era flexible y siempre tenía en cuenta las condiciones concretas a las que se enfrentaban los comunistas. Por eso, en el mismo documento, sólo unos párrafos más adelante, se afirma que «los comunistas no deben vacilar ante una escisión en tales organizaciones, si la negativa a escindir-se significara abandonar el trabajo revolucionario en los sindicatos», mientras que al mismo tiempo:

«En el caso en que una escisión se convierta en inevitable, los comunistas deberán tener gran cuidado para no quedar aislados de la masa obrera.»⁷

El III Congreso también debatió las *Tesis sobre los métodos y formas de trabajo de los partidos comunistas entre las mujeres*, que esbozaban las medidas especiales que debían tomar los partidos comunistas para desarrollar su trabajo entre las mujeres.

El congreso también destacó la mayor radicalización que se estaba produciendo entre la juventud y promovió la Internacional de la Juventud Comunista como parte integrante de la Internacional Comunista, y bajo la disciplina de su dirección, no como una entidad separada.

CRISIS Y CONCIENCIA

En los congresos de la Internacional Comunista se debatieron los altibajos de la lucha de clases a escala internacional. Una cuestión importante que se discutió fue la relación entre el ciclo económico y la lucha de clases.

Una interpretación simplista y mecánica de esta relación puede llevar a la conclusión de que una recesión económica siempre conduce a un repunte de la lucha de clases, mientras que un repunte de la economía produce estabilidad en el sistema. Los dirigentes de la Internacional advirtieron a las secciones nacionales contra esto, e intentaron transmitir su comprensión teórica a los dirigentes y a las filas de los Partidos Comunistas, ya que de tal conclusión podrían derivarse graves errores de evaluación.

Esto adquirió especial importancia en el III Congreso de la Comintern, celebrado del 22 de junio al 12 de julio de 1921. En los años inmediatamente posteriores a la guerra se había producido una crisis del capitalismo, combinada con una oleada revolucionaria en toda Europa. Pero en 1921 el sistema había logrado estabilizarse, debido a las traiciones de los reformistas. El repunte de la economía desorientó a varios dirigentes comunistas, que adoptaron un enfoque mecánico de la dinámica de la lucha de clases.

En su «Informe sobre la crisis económica mundial y las nuevas tareas de la Internacional Comunista», Trotski explicaba:

«A pesar de todo, sería sin embargo, falso e injusto interpretar estos juicios en el sentido de que una crisis invariablemente engendra una acción revolucionaria y que los booms, en cambio, pacifican a la clase obrera.»⁸

Trotski basó su informe en la experiencia de la lucha de clases en los primeros años del siglo XX en Rusia, con sus altibajos. Y respondiendo a simplificaciones excesivas, afirmó:

«Muchos camaradas dicen que si se produce una mejora en esta época sería fatal para nuestra revolución. No, en ningún caso. En general, no existe una dependencia automática del movimiento revolucionario proletario con respecto a una crisis. *Sólo hay una interacción dialéctica*»⁹.

Trotski señaló que hay momentos en la lucha de clases en los que una grave recesión de la economía puede realmente amortiguar la combatividad de la clase. O, y sólo cuando la economía comienza a recuperarse, los trabajadores se sienten más fuertes en relación a los patronos, y por lo tanto —de manera aparentemente paradójica— la clase obrera puede embarcarse en la lucha combativa. El impacto de una recesión o un repunte económico en la lucha de clases no es inmediato ni mecánico. Puede retrasarse, pero también depende del contexto, de lo que haya ocurrido antes.

Trotski llegó a la conclusión de que mientras los capitalistas se esforzaban por

alcanzar un nuevo equilibrio económico, los intentos por conseguirlo acabarían por romper el equilibrio social y político. El reflujo de la lucha de clases daría paso inevitablemente en algún momento a un retorno de la revolución mundial. La tarea de la Comintern era, por tanto, prepararse para la siguiente oleada construyendo poderosos Partidos Comunistas de masas, con tácticas capaces de ganar a las masas.

LA «TEORÍA DE LA OFENSIVA»

Esta discusión fue especialmente importante en el contexto de la «acción de marzo» de los comunistas alemanes a principios de ese año.

Alemania había atravesado oleadas de revolución y contrarrevolución desde 1918. Para entonces, el KPD era el mayor partido comunista fuera de Rusia, con más de 500.000 miembros.

Sin embargo, en marzo de 1921, a pesar de que el empuje de la revolución estaba menguando, los dirigentes del KPD intentaron provocar artificialmente una nueva oleada revolucionaria sólo con las acciones del partido. Algunos llegaron incluso a volar la sede de una sociedad cooperativa obrera para culpar de ello a la policía.

La acción seguía la llamada «teoría de la ofensiva». Una capa de ultraizquierdistas sostenía que los partidos comunistas debían aplicar «tácticas ofensivas» —independientemente de la situación objetiva— para provocar a los trabajadores a la revolución.

No se tuvo en cuenta el movimiento real de la clase obrera, por lo que la «acción» acabó siendo una completa debacle. Miles de personas fueron detenidas, el KPD fue ilegalizado y más de 200.000 miembros dimitieron o abandonaron la actividad.

Sin embargo, una capa de ultraizquierdistas dentro del KPD defendió sus tácticas como correctas. A ellos se unieron figuras destacadas de la Comintern como Radek, Bujarin y Zinóviev, que aplaudieron la «teoría de la ofensiva». Los «comunistas de izquierda» de Hungría, Checoslovaquia, Italia, Austria y Francia elogiaron la «acción de marzo» y la consideraron un ejemplo heroico a seguir.

Ataques ferroviarios en Alemania Central durante la «acción de marzo» de 1921



Por tanto, correspondió a Lenin y Trotski corregir esta desviación ultraizquierdista en el III Congreso de la Comintern. Explicaron que el valor y el heroísmo de los comunistas por sí solos son insuficientes para dirigir una revolución. Para ello, es necesario *ganarse a las masas*.

Para ello, los Partidos Comunistas necesitaban dirigentes capaces de analizar la situación objetiva y determinar en qué fase del proceso revolucionario se encontraban. De ahí la importancia de una comprensión dialéctica de la lucha de clases y de la capacidad de leer la conciencia de las masas en una etapa determinada.

Las situaciones revolucionarias no pueden crearse a voluntad. En lugar de intentar ordenar a la clase obrera a la acción, los Partidos Comunistas tenían que saber dialogar genuinamente con las masas. Esto significaba la capacidad de conectar con ellas en su nivel de conciencia existente, y elevarlo a la comprensión de la necesidad de tomar el poder. Pero sólo cuando la situación revolucionaria hubiera madurado plenamente, y los comunistas se hubieran ganado a la mayoría de la clase obrera, sería posible dirigir una insurrección con éxito.

Resumiendo la discusión, Trotski señaló que «sólo un simplón reduciría toda la estrategia revolucionaria a una ofensiva»¹⁰. El arte de la dirección implica no sólo dirigir las fuerzas para que avancen, sino también saber cuándo retirarse. Esto puede significar la diferencia entre una retirada ordenada —preservando tus fuerzas para futuras batallas— y una derrota completa.

Al final, la posición de Lenin y Trotski fue aceptada en el congreso, cuya consigna pasó a ser: «¡A las masas!».

EL FRENTE ÚNICO

Lo que dirigentes como Lenin y Trotski trataban de hacer era elevar el nivel de comprensión de las filas de la Internacional Comunista, empezando por los dirigentes de las secciones nacionales. Una cuestión importante que trataron de inculcarles fue la de cómo el partido revolucionario, que ha conquistado a las capas avanzadas —la vanguardia de la clase obrera—, puede ganar a las masas que todavía están influidas por los dirigentes reformistas del movimiento.

Cuando se producen grandes acontecimientos históricos, amplias capas de las masas comienzan a entrar en la arena de la lucha. En el proceso, empiezan a poner a prueba a sus propios dirigentes. Los dirigentes sindicales que se niegan a luchar, que utilizan sus cargos para frenar a los trabajadores, acabarán siendo apartados y sustituidos por dirigentes más audaces. En el frente político, los trabajadores buscan dirigentes que tengan respuestas a la crisis del sistema, o que al menos parezcan



Comunistas arrestados tras la «acción de marzo»

tenerlas, dirigentes que estén dispuestos a encabezar la lucha contra el sistema.

Sin embargo, no hay un momento «big-bang» en el desarrollo de la conciencia revolucionaria. No es un acontecimiento único, sino una serie de acontecimientos que se desarrollan a lo largo de un período inestable, con sus altibajos, con estallidos de intensa lucha de clases seguidos de períodos de retroceso, lo que finalmente produce saltos en la conciencia.

Las distintas capas de la clase obrera también se mueven a ritmos diferentes. Hay capas avanzadas que empiezan a sacar conclusiones antes que el resto de la clase. Esta es la capa que debe ser ganada para el partido revolucionario, organizada, educada y orientada a la masa de la clase obrera.

Tenemos que excluir la idea de que el partido revolucionario puede ganar a las masas en períodos de auge prolongado del sistema capitalista, es decir, cuando el sistema puede hacer concesiones a la clase obrera. En esos momentos domina el reformismo, como ocurrió en la última parte del siglo XIX y los primeros años del siglo XX. Si parece que el capitalismo puede ofrecer lo necesario, ¿qué necesidad hay de derrocarlo?

En tales períodos, los auténticos marxistas se ven reducidos a pequeños números que van a contracorriente, manteniendo unidas sus fuerzas, preservando las ideas del marxismo revolucionario. Incluso cuando el sistema comienza a entrar en crisis después de un período tan largo, la tendencia inicial es mirar hacia atrás a los «buenos viejos tiempos» y buscar la manera de volver a ellos, en lugar de mirar hacia adelante a la inevitabilidad de la revolución. La conciencia humana tiende a ser conservadora y tarda en ponerse al día en relación a la realidad objetiva.

Todo esto explica por qué, en las primeras etapas, el ala revolucionaria del

movimiento es minoritaria, mientras que el grueso de la clase obrera busca caminos aparentemente más «realistas» y fáciles. Y por qué, inicialmente, son los dirigentes reformistas los que tienen mayor influencia sobre las masas.

Por eso el IV Congreso, celebrado entre el 5 de noviembre y el 5 de diciembre de 1922, fue llamado a adoptar las *Tesis sobre el Frente Único*, que constataban un «cierto renacimiento de las ilusiones reformistas» y «un esfuerzo espontáneo hacia la unidad»¹¹ en el seno de la clase obrera. Algo muy importante había cambiado en la situación objetiva. Como se señaló en el congreso anterior, la ola revolucionaria estaba retrocediendo y se estaba produciendo una estabilización temporal del sistema. Las *Tesis* señalaban que:

«...a medida que crece la confianza en los más intransigentes y combativos, en los elementos comunistas de la clase obrera, las masas trabajadoras en su conjunto experimentan un anhelo de unidad sin precedentes. Las nuevas capas de obreros políticamente inexpertos que acaban de entrar en actividad anhelan lograr la unificación de todos los partidos obreros e incluso de todas las organizaciones obreras en general, con la esperanza de reforzar así la oposición a la ofensiva capitalista.»¹²

En este contexto, los partidos reformistas, como el Partido Laborista en Gran Bretaña, el SPD en Alemania y el PSI en Italia, seguían dominando a amplias capas de la clase obrera. Se planteaba, por tanto, la cuestión de cómo ganar a estas capas para las ideas del comunismo revolucionario. Esto no podía hacerse con posturas secretarias y denuncias. Se requería una gran habilidad para aplicar la táctica del frente único obrero.

El concepto básico era que, para ganarse la confianza de las filas de las organizaciones reformistas y de los

sindicatos, era necesario que los comunistas mostraran su disposición a luchar en un frente único de la clase obrera. Éste lucharía por los intereses inmediatos de la clase, al tiempo que plantearía exigencias a los dirigentes reformistas y pondría sobre el tapete los intereses más generales de la clase en su conjunto.

Así, en las luchas cotidianas sería posible demostrar en la práctica quiénes eran los luchadores consecuentes, poner a prueba a los dirigentes colaboracionistas de clase y ganar así a la base para el programa revolucionario de los comunistas, para el programa de la revolución socialista.

La forma de aplicar la táctica del frente único variaba de un país a otro, dependiendo de las condiciones locales y de los puntos fuertes y débiles de cada partido comunista en relación con las organizaciones reformistas de masas. Pero la idea esencial seguía siendo la misma.

En Italia se tradujo en la necesidad concreta de construir la resistencia frente al creciente peligro de la reacción. En octubre de 1922, Mussolini fue nombrado Primer Ministro por el rey. Así, un frente único implicaría que el PCd'I ofreciera una acción unificada al Partido Socialista y a los sindicatos para contrarrestar la creciente violencia fascista.

En Gran Bretaña, debido a las fuerzas relativamente pequeñas del Partido Comunista de Gran Bretaña, las *Tesis* afirmaban:

«Los comunistas británicos deben lanzar una vigorosa campaña para su admisión en el Partido Laborista. [...] Los comunistas británicos deben hacer todo lo posible, cueste lo que cueste, para extender su influencia a las bases de las masas trabajadoras, utilizando la consigna de un frente revolucionario unido contra los capitalistas.»¹³

Sin embargo, para que la táctica tuviera éxito requería que «los Partidos Comunistas reales que la llevaran a cabo fueran fuertes, estuvieran unidos y bajo una dirección ideológicamente clara».¹⁴ Lograr esto fue la tarea central que Lenin y Trotski se plantearon durante los congresos de la Internacional.

Desgraciadamente, no siempre lo consiguieron. La calidad, el nivel político y la comprensión, de muchos de los dirigentes de los jóvenes Partidos Comunistas, no estaba a la altura de las tareas del momento.

En el caso de la dirección del Partido Comunista Italiano, figuras como Bordiga nunca aceptaron los consejos de Lenin y Trotski. De esta manera contribuyó a una trágica división de las fuerzas de la clase obrera italiana precisamente cuando la burguesía estaba en la contraofensiva. La clase dominante estaba decidida a destruir por completo el movimiento obrero

italiano, atomizándolo, asesinando a miles de sus principales dirigentes locales, arrestando a muchos otros y estableciendo finalmente la cruda dictadura del capital en su forma más brutal, el fascismo.

LA IMPORTANCIA DE LA DIRECCIÓN

Mirando retrospectivamente a ese periodo, lo que surge claramente es que lo que permite a las pequeñas fuerzas revolucionarias transformarse rápidamente en partidos revolucionarios de masas son los rápidos cambios en la situación objetiva. El estallido de la Primera Guerra Mundial y la grave crisis económica que siguió, con desempleo masivo y altos niveles de inflación, prepararon el terreno para los acontecimientos revolucionarios.

Sin embargo, sin una teoría revolucionaria plenamente elaborada, también puede perderse el potencial para la construcción de partidos revolucionarios de masas.

Los primeros años de la Internacional Comunista también subrayan la importancia de construir los cuadros del futuro partido revolucionario mucho antes de que se desarrollen los acontecimientos revolucionarios, y demuestran la importancia de la dirección dentro del propio partido revolucionario. Esto fue evidente inmediatamente después del estallido de la revolución de febrero de 1917 en Rusia, cuando las presiones del reformismo eran inmensas.

Como hemos afirmado, la masa de la clase obrera en las fases iniciales de la revolución busca lo que parece ser el camino más práctico, aparentemente más fácil, del reformismo. Esto explica por qué a principios de 1917 eran los mencheviques y los socialistas revolucionarios los que dominaban el movimiento. Esto tuvo un efecto en los dirigentes del Partido Bolchevique dentro de Rusia, como Kámenev y Stalin, que se doblegaban ante la presión y se inclinaban hacia el compromiso y el apoyo al gobierno provisional.

Hacía falta un dirigente de la talla de Lenin —un marxista profundamente educado, que comprendiera el método del marxismo, que implicaba la aplicación del pensamiento dialéctico— para dirigir al partido en la dirección correcta, para mantenerlo firmemente en una posición revolucionaria, incluso cuando esto significara ir contra corriente.

Así, fue el dialéctico Lenin quien pudo resistir las presiones después de febrero de 1917 y mantener una posición firme. Podía ver más allá que los dirigentes bolcheviques locales. Podía ver la inevitable traición que perpetrarían los dirigentes mencheviques y cómo esto significaría que inevitablemente empezarían a perder el apoyo de las masas trabajadoras, y éstas estarían entonces más abiertas a la posición revolucionaria de los

bolcheviques. Si Lenin no hubiera estado al frente del partido, los bolcheviques podrían haber perdido la oportunidad que surgió en octubre.

Esta importancia de la dirección se demostró negativamente con las derrotas de los movimientos revolucionarios en Austria, Hungría, Alemania, Italia y otros lugares. Desgraciadamente, por diversas razones, ninguno de los jóvenes Partidos Comunistas que habían surgido en este periodo contaba con dirigentes del calibre de Lenin y Trotski. De ahí que la tarea urgente de la Comintern fuera ayudar a desarrollar esa dirección a medida que se desarrollaba el proceso revolucionario, corrigiendo al mismo tiempo los diversos errores que se estaban cometiendo.

La derrota de la revolución en Italia y otros países, y especialmente en Alemania, iba a tener un impacto dramático en la propia Rusia soviética, llevando al aislamiento de la revolución en un solo país. Este fue el factor objetivo más importante en el proceso de degeneración burocrática del Partido Bolchevique, producto también del atraso económico y cultural de la URSS de la época.

Esta degeneración encontró su reflejo en la dirección de la propia Internacional Comunista. Especialmente tras la incapacidad por enfermedad de Lenin en marzo de 1923, el ejecutivo de la Comintern en torno a Zinóviev recurrió cada vez más al ordeno y mando burocrático hacia los dirigentes de las secciones nacionales. En última instancia, a mediados de la década de 1930, la Internacional Comunista había dejado de ser el vehículo de la revolución mundial para convertirse en una mera herramienta para aplicar la política exterior de la burocracia estalinista.

LECCIONES

Las lecciones que podemos extraer de la experiencia de la Internacional Comunista en tiempos de Lenin son dos. La primera es que la claridad absoluta en las ideas teóricas es esencial. Comete un grave error de análisis, de carácter oportunista o sectario, y puedes destruir tus fuerzas, a menos que se corrija. Por eso dedicamos tanto tiempo y energía a la educación de nuestras filas.

Los errores en la teoría pueden conducir a graves errores en la práctica. El ultraizquierdismo de los dirigentes del Partido Comunista Italiano en el período 1921-24, por ejemplo, desempeñó un papel negativo al aislar al joven partido de las masas que seguían influidas por los reformistas del PSI. En Alemania se cometieron graves errores. Por lo tanto, un estudio de ese periodo, junto con los textos clásicos de Lenin es una parte esencial de la construcción de nuestras fuerzas hoy.

La segunda lección clave es que el rigor y la firmeza teóricos deben ir de la

mano de la flexibilidad táctica. Esto era parte integrante del Partido Bolchevique bajo Lenin, y se encapsuló en las discusiones, tesis y resoluciones adoptadas por los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista, que Trotski describió como «una escuela de estrategia revolucionaria».

Las secciones nacionales en los primeros días de la Internacional Comunista se construyeron de diferentes maneras, dependiendo de las condiciones objetivas concretas de cada país. Hoy debemos tener el mismo enfoque abierto hacia las perspectivas de futuro. No hacerlo significaría perder oportunidades que pueden presentarse.

«¡Viva la Tercera Internacional! ¡Bienvenidos camaradas!»
(1920), Dmitry Moor

A medida que la situación objetiva cambie bajo el impacto de la crisis del capitalismo y la tumultuosa lucha de clases que se derivará de ella, se presentarán muchas oportunidades para aumentar significativamente nuestras fuerzas. Pero para poder posicionarnos correctamente será necesario un partido educado, con conocimiento de la historia, con un buen dominio de la teoría marxista, con la flexibilidad necesaria y la audacia que la situación nos exige.

Nuestro grito de guerra debe ser:
¡Volvamos a Lenin! ¡Construir partidos comunistas revolucionarios ahora! ¡Adelante hacia la revolución socialista mundial! ■

Referencias en línea
americasocialista.org
[/amsoc37](https://www.instagram.com/amsoc37)
o escanea el código QR





GUERRA Y REVOLUCIÓN: EL CASO DE AUSTRIA 1914-18

La Revolución Rusa de 1917 conmocionó al mundo y desencadenó una serie de acontecimientos revolucionarios a escala internacional. En este artículo, **Konstantin Korn** y **Emanuel Tomaselli** analizan cómo se desarrolló el proceso revolucionario en Austria hacia el final de la Primera Guerra Mundial, incluyendo una visión general de la huelga general de enero de 1918 y de cómo los líderes socialdemócratas traicionaron al movimiento.

En el verano de 1914 comenzó la matanza de la Primera Guerra Mundial. El Partido Obrero Socialdemócrata Austriaco («SDAP»), antes considerado uno de los «partidos modelo» de la Segunda Internacional, capituló por completo ante el ambiente de patriotismo y fiebre bélica que se apoderó del Imperio de los Habsburgo.

El apoyo de los dirigentes del SDAP a la maquinaria bélica de los Habsburgo fue un shock para la mayoría de las filas del partido. En efecto, los dirigentes paralizaron el partido, bloqueando cualquier actividad que pudiera perturbar el esfuerzo bélico. Pero a principios de 1915, un puñado de jóvenes socialistas y sindicalistas empezaron a trabajar ilegalmente, organizando la resistencia contra la guerra.

Un grupo de socialdemócratas de izquierda en torno al joven socialista revolucionario Franz Koritschoner —los

recién formados Linksradikalen ('Radicales de Izquierda')— se enteraron de los esfuerzos por organizar a los internacionalistas dispersos en la conferencia de Zimmerwald. Así entraron en contacto con los bolcheviques agrupados en torno a Lenin en Zúrich. Empezaron a construir una oposición organizada dentro del movimiento socialdemócrata austriaco, tras la segunda conferencia internacional contra la guerra celebrada en Kienthal en 1916.

Los Radicales de Izquierda se convertirían en el primer núcleo del futuro movimiento comunista en Austria. A través de Karl Radek, establecieron contacto con los Radicales de Izquierda de Alemania, que elaboraron un periódico internacionalista que luego distribuyeron en Austria. Los Radicales de Izquierda hacían un llamamiento a la propaganda sistemática entre la clase obrera, adoptando una posición de clase internacionalista respecto a la guerra. Sin embargo,

su iniciativa fue perseguida por la dirección del partido y rechazada por los reformistas de izquierda.

RADICALIZACIÓN

La fiebre patriótica inicial, sin embargo, no duró mucho. En 1916 ya era evidente que la guerra no tenía fin, y que ya se había cobrado un enorme número de víctimas. Las tropas en las trincheras se enfrentaban a un horror inimaginable, mientras que los trabajadores en el «frente interno» estaban atenazados por el hambre.

En este contexto, Friedrich Adler —hijo de Victor Adler, padre fundador del SDAP— disparó contra el primer ministro austriaco en un acto desesperado de protesta contra la guerra. Adler se defendió con un impresionante discurso ante el tribunal, en el que condenó a los belicistas imperialistas y el papel pasivo que su partido estaba adoptando ante ellos. Como resultado, se convirtió en un héroe a los ojos de las masas cansadas de la guerra.

Lenin, en una carta a Franz Koritschner, defendió el acto terrorista de Adler frente a las condenas moralistas de la prensa del SDAP. Pero Lenin también explicó que «como táctica revolucionaria, los atentados individuales son inoportunos y perjudiciales». Según Lenin:

«Adler habría sido mucho más útil al movimiento revolucionario si, sin tener la escisión, se hubiese dedicado sistemáticamente a la propaganda y agitación clandestina [...] no es terrorismo lo que necesitamos, sino una labor sistemática, persistente y abnegada de propaganda y agitación revolucionarias, manifestaciones, etc., etc., contra el partido lacayo, oportunista, contra los imperialistas, contra los gobiernos propios y contra la guerra»¹

Sin duda, esta propaganda y agitación revolucionarias habrían encontrado un terreno fértil. Las insoportables condiciones en las fábricas, con los obreros obligados a trabajar de 12 a 14 horas diarias, el régimen militarizado en los centros de trabajo y el hambre generalizada, todo ello sirvió para radicalizar a la clase obrera. Como resultado, el número de huelgas y de disturbios por el pan aumentó significativamente en el invierno de 1916-17.

REVOLUCIÓN POR LA PAZ

La noticia del derrocamiento del zar Nicolás II en febrero de 1917 tuvo un efecto electrificante en toda Europa. Demostró a los activistas internacionalistas que la guerra podía terminar realmente con una revolución.

Tal era el estado de ánimo en un día de mayo de 1917 que, cuando un trabajador se desplomó de hambre en el «Arsenal» —la mayor fábrica de armas de Viena, que empleaba a 20.000 trabajadores—, la plantilla se declaró en huelga inmediatamente. En pocas horas, la mayoría de las fábricas de Viena se unieron a ellos en solidaridad. Era evidente que se estaba gestando una situación revolucionaria.

El gobierno temió que los acontecimientos revolucionarios de Rusia se repitieran en Austria. Por lo tanto, decidió dar más libertad de acción a los dirigentes reformistas del SDAP, con el fin de proporcionar una válvula de escape para liberar parte de la presión que se estaba acumulando desde abajo. Pensaron que promoviendo a los reformistas a la cabeza del creciente movimiento, dirigirían la energía de las masas hacia canales «seguros», desde el punto de vista del régimen. Así, se permitió a la prensa del SDAP hacer llamamientos a la paz y

se integró al partido en el programa de bienestar del Estado.

El SDAP organizó una reunión pública «por la paz» el 11 de noviembre de 1917. Su plan consistía en reunir en el Konzerthaus a 2.000 funcionarios seleccionados del movimiento obrero para escuchar a los líderes del partido.

Sin embargo, los bolcheviques tomaron el poder el 7 de noviembre, lo que provocó una gran conmoción en todo el mundo. El periódico del partido, *Arbeiter Zeitung*, se refirió a ella como «una revolución por la paz».

En lugar de la reunión del SDAP del 11 de noviembre, 15.000 trabajadores participaron en un tumultuoso mitin que tuvo que ser organizado en una pista de patinaje cercana. A continuación, miles de trabajadores marcharon al Ministerio de la Guerra en Viena —fuera del control de los dirigentes del partido— para celebrar la victoria de sus hermanos y hermanas rusos. Esta fue otra manifestación del fermento revolucionario que se estaba desarrollando en la sociedad.

BREST-LITOVSK

El Decreto de Paz que los bolcheviques aprobaron inmediatamente después de tomar el poder dio esperanzas a las masas de toda Europa. Las posteriores negociaciones de paz en Brest-Litovsk (actual Brest, Bielorrusia) entre la Rusia soviética y las «Potencias Centrales» (Alemania, Austria-Hungría, el Imperio Otomano y Bulgaria) comenzaron el 22 de diciembre. Fueron el tema candente durante las semanas siguientes.

Trotsky, que representaba a la Rusia soviética en Brest-Litovsk, utilizó hábilmente las negociaciones como plataforma para exponer los intereses depredadores de los imperialistas de todos los bandos.

Mientras los bolcheviques pedían una paz democrática, sin anexionamientos ni indemnizaciones, los imperialistas de las Potencias Centrales, principalmente los generales alemanes más confiados, trataban de

apoderarse de todo lo que pudieran del nuevo Estado obrero. De este modo, toda la palabrería de los imperialistas sobre la «defensa de la patria» y la «protección de los derechos de las pequeñas naciones a la autodeterminación» se reveló como un engaño ante los ojos de millones de personas.

Esta estrategia tuvo definitivamente un efecto en las mentes de la masa de trabajadores de Austria y Alemania, que siguieron con gran atención los informes de Brest-Litovsk.

Lenin y Trotsky creían firmemente que la Revolución Rusa era sólo el punto de partida de la revolución mundial. La cadena se había roto por su eslabón más débil, pero debido al impacto de la guerra imperialista y de la propia Revolución Rusa, seguiría rompiéndose en otros países.

El Imperio de los Habsburgo era claramente el siguiente candidato a la revolución. En el invierno de 1917-18 el régimen había alcanzado sus límites materiales. Tres años y medio de guerra habían consumido la mayor parte de los recursos económicos del Imperio austrohúngaro, y la cuestión nacional sin resolver —principalmente la opresión de los pueblos eslavos— se sumó a su inevitable caída. Necesitaba desesperadamente salir de la guerra para salvaguardar el régimen.



Cartel gubernamental de bonos de guerra de 1916 que representa el águila bicéfala del Imperio austrohúngaro con Viena al fondo

Sin embargo, ni sus aliados imperialistas (Alemania), ni sus enemigos (Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos) aceptarían que Austria-Hungría abandonara la guerra unilateralmente.

Dado este bloqueo en las altas esferas, y la presión para la construcción de la paz desde abajo, las negociaciones de Brest-Litovsk fueron un catalizador de los procesos revolucionarios en Austria.

UN PUNTO DE EBULLICIÓN

En el invierno de 1917-18, los Radicales de Izquierda desempeñaron un papel importante en la organización de protestas contra la guerra en Viena. Su grupo de unos 100 camaradas se había convertido en el centro del movimiento juvenil revolucionario, y habían conseguido establecer fuertes vínculos con una red de activistas obreros de la industria armamentística.

Juntos empezaron a planear una huelga general para el 24 de enero con el objetivo de poner fin a la guerra. En relación con esto, propagaron la idea de formar consejos obreros como órganos de poder de los trabajadores, siguiendo el ejemplo de los soviets rusos. Por este motivo, en diciembre de 1917 fundaron una organización llamada «Consejo de Obreros y Soldados». Pero los acontecimientos se desarrollaron más rápido de lo que el grupo imaginaba.

El intento de los gobiernos alemán y austriaco de hacer naufragar las conversaciones de paz con Rusia provocó un enorme descontento. En respuesta a la creciente presión desde abajo y para controlar los ánimos caldeados en las fábricas, el SDAP organizó mítines masivos por la paz para el 13 de enero de 1918. A pesar de los esfuerzos de la dirección por controlar la situación, al día siguiente estalló una explosión social en las fábricas.

Trotsky comentó más tarde positivamente estos acontecimientos:

«Durante una pausa en las negociaciones, que duró unos diez días, se desarrolló en Austria una tremenda efervescencia y estallaron huelgas obreras. Estas huelgas significaron el primer reconocimiento de nuestro método de llevar las negociaciones de paz, el primer reconocimiento que recibimos del proletariado de las Potencias Centrales sobre las exigencias anexionistas del militarismo alemán.»²

Estaba claro que el proceso revolucionario se estaba desarrollando.

LA HUELGA DE ENERO

El 14 de enero de 1918 las raciones de harina, ya de por sí bajas, se redujeron de nuevo a la mitad. Para las masas fue la gota que colmó el vaso.

Cuando la noticia se difundió de madrugada en Wiener Neustadt —una ciudad industrial al sur de Viena donde los radicales de izquierda tenían uno de sus bastiones—, los trabajadores de la fábrica de motores Daimler se negaron a poner en marcha las máquinas y se reunieron en los patios. Su respuesta fue unánime: «¡Huelga!». Marcharon hacia el centro de la ciudad, portando pancartas pidiendo la paz inmediata y «abajo el gobierno», y empezaron a reunirse en consejos obreros, los «Arbeiterräte», que son básicamente el equivalente austriaco de los soviets.

Se elige un comité de huelga que toma la decisión de dirigirse a las demás fábricas de la ciudad y sus alrededores. En pocas horas, 10.000 trabajadores de todo el distrito industrial del sur de Baja Austria se declararon en huelga. Esta región pasó a ser conocida como el «Belén del comunismo austriaco».

Por todas partes surgieron consejos obreros. En un día, lo que comenzó como una lucha económica se convirtió en un movimiento revolucionario de masas que exigía el fin de la guerra «por todos

los medios». Los jóvenes Radicales de Izquierda difunden el movimiento huelguístico en las fábricas de Viena e incluso en Berlín. En su folleto *El pueblo se levanta*, publicado el 16 de enero, escribieron:

«Las masas no quieren ni la victoria ni la gloria de las armas, quieren la paz inmediata, la paz por cualquier medio necesario. Los intereses de las masas no están representados por el gobierno, sino por Lenin y Trotsky con sus principios internacionales de autodeterminación de los pueblos.»³

El folleto de los Radicales de Izquierda popularizó un programa de cuatro reivindicaciones:

«¡Alto el fuego inmediato en todos los frentes!

¡Los delegados de paz para cualquier negociación tienen que ser elegidos por el pueblo!

¡La militarización de todos los centros de trabajo tiene que ser abolida inmediatamente! ¡Deben eliminarse todas las restricciones al derecho de asociación y a cualquier otra libertad política!

¡Liberación inmediata de Friedrich Adler y todos los demás presos políticos!». El panfleto llamaba audazmente a «los trabajadores de todos los demás países [...] a unirse en torno a la bandera roja de la Revolución Rusa! [...] Desconfiad de los 'dirigentes' obreros patriotas. Elegid consejos obreros como en Rusia ¡y la victoria pertenecerá al poder de masas del proletariado!»⁴

Las ideas de Trotsky en Brest-Litovsk estaban teniendo un claro eco.

Tal era el ambiente que el 17 de enero, Carlos I, emperador de Austria, envió el siguiente telegrama al ministro de Asuntos Exteriores Graf Czernin en Brest-Litovsk:

«Debo asegurarle una vez más con la mayor firmeza que todo el destino de la monarquía y la dinastía depende de la



conclusión de la paz en Brest-Litovsk lo antes posible. Por Curlandia, Livonia y los sueños polacos no podemos anular la situación aquí. Si la paz no llega, aquí habrá revolución, por mucho que haya para comer. Esta es una grave advertencia en un momento grave».⁵

LOS REFORMISTAS COOPTAN EL MOVIMIENTO

Antes de la guerra, la dirección del movimiento obrero austriaco había adquirido una enorme autoridad política. Pero las nuevas condiciones de la guerra y la creciente radicalización, que sólo encontraba una expresión inadecuada en las organizaciones de masas tradicionales, le hicieron tambalearse.

Esto puso a los dirigentes socialdemócratas en una difícil situación. ¿Cómo iban a arrebatar el control de este movimiento imprevisto a los elementos revolucionarios que salían a la palestra? El 16 de enero, tras dos días de vacilación, decidieron cabalgar sobre el tigre y llamarlos a extender el movimiento huelguístico a toda Austria y a convocar la elección de consejos obreros en todas las zonas industriales. Su consigna principal era «el fin de la guerra lo antes posible».⁶ Esta consigna en sí misma no se oponía a las necesidades del régimen.

El 18 de enero, el número de trabajadores en huelga ascendía a 100.700 en Viena, 122.622 en Baja Austria, y las huelgas se extendieron a Alta Austria, Estiria, Budapest, Cracovia, Brno, Trieste y otros lugares. El 19 de enero, las huelgas habían afectado a 750.000 trabajadores. Los Radicales de Izquierda no tenían la fuerza necesaria para dirigir un movimiento de esta envergadura.

En todas partes se daban las condiciones objetivas no sólo para una huelga general, sino para el éxito de la revolución. Un dicho popular en aquellos días era: «¡Hablemos en ruso a nuestros gobernantes!».

Sin embargo, los consejos obreros recién formados estaban ahora bajo el control de los reformistas. La mayoría de los representantes eran elegidos en los centros de trabajo y, por tanto, reflejaban el estado de ánimo sobre el terreno. Pero el SDAP y las burocracias sindicales también enviaron a sus funcionarios y dirigentes directamente a los consejos, lo que dio a los reformistas una clara ventaja.

LA REVOLUCIÓN TRAICIONADA

Otto Bauer, el líder teórico de los reformistas de izquierda (los «austromarxistas»), escribió más tarde en su balance sobre la revolución austriaca:

«Queríamos la huelga como una gran manifestación revolucionaria. La escalada de la huelga hasta la revolución misma, no podíamos quererla».⁷

Como tendencia pequeñoburguesa, la dirección austromarxista se negaba a una ruptura revolucionaria con el capitalismo, e hizo todo lo posible por mantener a la burguesía en el poder. Esta era una orientación política consciente, como Lenin había señalado desde el comienzo de la guerra. Aunque jugaron brevemente con la Revolución Rusa como medio para estabilizar la situación del régimen de los Habsburgo, en última instancia veían el bolchevismo como una amenaza a su posición de dirección en el movimiento obrero, que había que combatir por todos los medios.

Bauer trató de justificar su posición contrarrevolucionaria con la excusa de que, si triunfaba la revolución en Austria, sería respondida inmediatamente con una invasión de tropas alemanas. Pero en realidad, la llegada al poder de la clase obrera austriaca habría tenido un impacto increíble entre la clase obrera de Alemania, donde también se estaba desarrollando una revolución. Un llamamiento

clasista a las tropas alemanas y a los trabajadores para que siguieran su ejemplo habría tenido un efecto electrizante. El envío de tropas alemanas en tales condiciones habría acelerado rápidamente el proceso revolucionario.

Frente al levantamiento obrero, los dirigentes reformistas sabían que tenían que presentar resultados para apaciguar a los trabajadores. El 17 de enero, haciéndose eco del programa de los Radicales de Izquierda, publicaron una declaración al gobierno con cuatro exigencias:

Las negociaciones de paz no deben fracasar por exigencias territoriales y deben llevarse a cabo mediante una información constante y bajo la «influencia condicionante» de los representantes de la clase obrera.

Reorganización del suministro de alimentos a la población.

Democratización del voto municipal.

Fin de la militarización de los centros de trabajo.⁸

Esto sonaba similar al programa de los Radicales de Izquierda, pero no planteaba la cuestión clave del poder. De hecho, las reivindicaciones se habían acordado de antemano con el gobierno, que estaba dispuesto a aceptarlas —prometiendo «nuevas negociaciones» sobre los temas— a cambio de que los socialdemócratas desconvocaran la huelga.

El 21 de enero, octavo día del movimiento, el consejo obrero de Viena, controlado por los reformistas, votó por amplia mayoría poner fin a la huelga. Sin embargo, en varias reuniones se produjeron acalorados debates, ya que muchos trabajadores estaban furiosos ante la sugerencia de que la huelga pudiera ser desconvocada en esta fase crítica, cuando lo único que querían era el fin inmediato de la guerra. Varias fábricas continuaron la huelga durante algunos días, y nuevas ciudades entraron en el movimiento, pero quedaron aisladas por esta traición.

La huelga se rompió y los líderes de los Radicales de Izquierda fueron encarcelados o enviados al frente. Fueron acusados de alta traición por llamar al «derrocamiento del orden existente y del Estado austriaco».

Con los Radicales de Izquierda destrozados, no había ninguna fuerza política visible capaz de ayudar a los trabajadores a sacar las conclusiones necesarias de esta derrota. El movimiento revolucionario en desarrollo se vio desbaratado por esta oleada de represión estatal, que tuvo graves consecuencias para el proceso de formación del Partido Comunista en los meses siguientes. La socialdemocracia había



Fraternización de soldados alemanes y rusos tras el armisticio en el Frente Oriental en diciembre de 1917



Proclamación de la República de Alemania-Austria, 12 de noviembre de 1918

recuperado por el momento el control sobre la clase obrera.

El fin de la huelga de enero fue un revés para el movimiento revolucionario, pero no fue el final de la historia. La profundidad del proceso revolucionario quedó demostrada en los primeros días de febrero de 1918 con el motín de los marineros en el puerto adriático de Cattaro (actual «Kotor», Montenegro). Este motín —bajo bandera roja— estuvo claramente influido por la huelga de enero, pero se produjo cuando el movimiento huelguístico ya había terminado. En junio estalló una nueva oleada de huelgas y motines en varias regiones de Austria.

EL FACTOR SUBJETIVO QUE FALTABA

La huelga de enero marcó un cambio importante en la forma en que la socialdemocracia austriaca veía la Revolución Rusa. A partir de entonces se presentaron como enemigos abiertos del bolchevismo.

Karl Kautsky, líder teórico del ala «centrista» de la socialdemocracia y crítico con la Revolución de Octubre, se convirtió en el portavoz de los austromarxistas. En 1918 lanzó una polémica contra los bolcheviques argumentando que:

«La revolución bolchevique se organizó sobre la premisa de que ésta representaba el punto de partida de una revolución europea general, de que la audaz iniciativa de Rusia llamaría a la rebelión al proletariado de toda Europa. [...]

«Según esa concepción, la revolución europea representaba la mejor defensa de la revolución rusa [...] Una revolución en Europa, que trajese y fortaleciese el socialismo, tendría que convertirse en el medio para eliminar los obstáculos que se presentarían en Rusia, al querer

implantar la producción socialista, debido al retraso económico del país.

Todo esto estaba pensado de una manera muy lógica mientras se admitiese la premisa: que la revolución rusa tenía que desencadenar inevitablemente la revolución europea. Pero, ¿qué pasaría si este no fuese el caso? La premisa no se ha cumplido todavía».⁹

Kautsky ocultó vergonzosamente el hecho de que la revolución sí se extendió a los vecinos de Rusia en Europa, como predijeron los bolcheviques. Y que fueron precisamente los dirigentes reformistas de la socialdemocracia quienes traicionaron conscientemente la revolución cuando surgió por primera vez en Austria en enero de 1918. Volverían a hacerlo en los meses siguientes, cada vez que la revolución desarrollara rasgos insurreccionales tanto en Austria como en Alemania.

La intervención de las masas puso fin a la guerra. En el otoño de 1918 la masa de soldados, obreros y campesinos de los distintos rincones del imperio, estaba harta. No estaban dispuestos a seguir muriendo por el emperador en Viena. Los soldados desertaron en masa. La cadena de mando del ejército se derrumbó y las diversas nacionalidades que habían sido oprimidas bajo el imperio se separaron y formaron sus propios estados, como Checoslovaquia, Hungría y el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos (más tarde rebautizado Yugoslavia).

En Viena, decenas de miles de soldados dominaron la vida de la ciudad en los últimos días de la guerra. Reclamaban mejores condiciones y se negaban a aceptar la autoridad de los oficiales. Se formó un nuevo ejército, la Volkswehr («Milicia Popular»), controlada por los consejos de

soldados. También en esta situación los obreros toman la iniciativa, se declaran en huelga y organizan una manifestación masiva en el centro de la ciudad para pedir el fin de la monarquía.

Aterrorizados por las masas, los diputados de la Austria germanófona eligieron al socialdemócrata Karl Renner canciller de un nuevo Estado germano-austriaco. Y el 12 de noviembre se proclamó la nueva República Germano-Austriaca desde el edificio del Parlamento en Viena, tres días después de la proclamación de la República Alemana en Berlín.

Sobre el terreno, el poder estaba en manos de la clase obrera, que estaba armada. Pero con los socialdemócratas de Austria y Alemania en el gobierno, sus líderes reformistas hicieron todo lo posible por devolver el poder a los capitalistas, limitando la revolución al establecimiento de una república democrática y a la promesa de una eventual unificación en una única República alemana.

El problema, por tanto, no era la falta de oportunidades revolucionarias para que los trabajadores de Europa tomaran el poder, sino la falta del factor subjetivo: la presencia de partidos y líderes revolucionarios formados capaces de guiar estas revoluciones más allá de las inevitables traiciones de los reformistas.

Ayudar a construir esa dirección fue, por tanto, la tarea urgente que Lenin y Trotski se impusieron con la fundación de la III Internacional. ■

Referencias en línea
americasocialista.org/amsoc37
o escanea el código QR



CUANDO EL IMPERIALISMO ESTADOUNIDENSE INVADIÓ LA RUSIA SOVIÉTICA

Tras la victoria de los bolcheviques en octubre de 1917, los imperialistas del mundo hicieron todo lo posible por estrangular al nuevo Estado obrero. Además de armar, financiar y suministrar a los ejércitos blancos contrarrevolucionarios, comprometieron directamente tropas para intervenir en la guerra civil que se estaba desarrollando. En este artículo, **John Peterson** desvela la poco conocida historia de la implicación de los imperialistas estadounidenses y cómo los bolcheviques respondieron sobre una base de clase internacionalista para ganar la guerra.

En el verano de 1918, la Revolución Rusa se encontraba en una encrucijada. El zar Nicolás II y el Gobierno Provisional habían sido derrocados, uno tras otro, y el nuevo poder soviético había hecho un llamamiento a las masas del mundo, cansadas de la guerra, en favor de una «paz justa y democrática [...] sin anexiones ni indemnizaciones»¹. Pero la Primera Guerra Mundial seguía su curso y la contrarrevolución ganaba impulso.

El 3 de marzo de ese año, el imperialismo alemán había impuesto a la República Soviética el Tratado de Brest-Litovsk, que supuso la pérdida del 34% de su población, el 54% de sus regiones industriales, el 26% de sus ferrocarriles y el 89% de sus yacimientos de carbón. Al día siguiente, las tropas británicas desembarcaron en Murmansk con el pretexto de mantener los almacenes de municiones rusos fuera del alcance de los alemanes.

Los antiguos «aliados» de Rusia querían sangre, conscientes de la amenaza

que la revolución suponía para las relaciones de propiedad burguesas. Winston Churchill estaba convencido de que había que «estrangular al bolchevismo en su cuna». Siguieron oleadas y oleadas de «expediciones» imperialistas, con 21 contingentes militares de 16 países que se unieron a los esfuerzos contrarrevolucionarios de los ejércitos blancos protofascistas.

Rodeada y superada en armamento, la causa comunista parecía desesperada. Pero las masas rusas tenían algo que ninguno de los ejércitos imperialistas tenía: el espíritu indomable de la revolución y de la auténtica liberación.

Sin duda, hubo innumerables actos de brillantez militar y sacrificio civil por parte del pueblo soviético. Sin embargo, el arma principal de los bolcheviques fue *política*. Se dirigieron sistemáticamente a las tropas invasoras sobre una *base clasista*, apelando a la unidad proletaria contra sus explotadores comunes. Una y otra vez, la moral de

los soldados rasos de los imperialistas se vio tan minada que finalmente tuvieron que retirarse.

HIPOGRESÍA IMPERIALISTA

Aunque vuelve a estar de moda, fue el presidente Woodrow Wilson quien popularizó por primera vez el eslogan aislacionista «América primero» durante su campaña presidencial de 1916, cuando prometió mantener a EEUU fuera de la guerra. Pero con los «Aliados» y las «Potencias Centrales» luchando por determinar quién gobernaría Europa, las colonias y alta mar, el imperialismo estadounidense vio una oportunidad de oro para poner su pulgar, cada vez más pesado, en la balanza de las relaciones mundiales.

Los perros de la Entente (1919), Viktor Deni.

El Tío Sam, Francia y Gran Bretaña sujetan las correas de los generales blancos Denikin, Kolchak y Yudenich.



Dada la devastación de Europa, la economía estadounidense había experimentado un auge al inundar el otro lado del Atlántico con productos agrícolas y manufacturados. Con gran parte del continente en ruinas, Estados Unidos acabaría emergiendo de la conflagración como el mayor acreedor del mundo y una potencia económica, tecnológica, diplomática, militar y cultural.

En abril de 1917, los estadounidenses declararon la guerra a Alemania. Al entrar en la guerra en una fase tan tardía, esperaban «limpiar» tras años de matanzas. También estaba el pequeño problema de los casi 10.000 millones de dólares en préstamos que habían concedido a los Aliados durante la guerra, y que habrían peligrado en caso de victoria alemana. Tampoco fue casualidad que entraran en la contienda pocas semanas después de la Revolución de Febrero, que derrocó al Zar y amenazó con sacar a Rusia de la guerra en el frente oriental.

El objetivo declarado de los estadounidenses era derrotar al Kaiser, asegurando al mismo tiempo la estabilidad y cortando de raíz la amenaza de una revolución en toda Europa. Pero en octubre de ese año, los acontecimientos en Rusia habían dado un giro mucho más peligroso para los intereses del imperialismo y del sistema capitalista: los bolcheviques estaban en el poder.

Poco después de tomar las riendas, Lenin había publicado sus famosos decretos sobre la Paz, la Tierra y las Nacionalidades, y Trotski había publicado los planes secretos de los Aliados para repartirse el mundo entre ellos. Todo ello presionó a Wilson, que se hacía pasar cínicamente por un presidente «amante de la paz».

El 8 de enero de 1918, Wilson hizo públicos sus «Catorce puntos», que esbozaban

la visión del imperialismo estadounidense de un «nuevo orden mundial». Junto con la retórica liberal sobre la paz y la democracia, el sexto punto se dirigía específicamente a Rusia:

«La evacuación de todo el territorio ruso y la resolución de todas las cuestiones que afecten a Rusia de forma que se garantice la mejor y más libre cooperación de las demás naciones del mundo para obtener para ella una oportunidad libre y sin trabas de determinar de forma independiente su propio desarrollo político y su política nacional, y se le asegure una sincera bienvenida a la sociedad de las naciones libres bajo las instituciones que ella elija; y, más que una bienvenida, la *asistencia de todo tipo que pueda necesitar* y desear. El tratado acordado a Rusia por sus naciones hermanas en los meses venideros será la prueba de fuego de su buena voluntad, de su comprensión de las necesidades de Rusia como algo distinto de sus propios intereses, y de su simpatía inteligente y desinteresada»². (Énfasis añadido.)

Sin embargo, no se especificaba qué tipo de trato se iba a conceder a cada uno de los rusos, aunque las múltiples intervenciones militares de Wilson contra México durante su revolución en curso ofrecían algunas pistas. Al mismo tiempo que se pronunciaban estas nobles palabras, ya estaban en marcha los planes de contingencia para acabar con la República Soviética. Como dijo el embajador estadounidense en Francia

«Tres o cuatro divisiones japonesas o estadounidenses bastarían para arruinar la autoridad de los bolcheviques»³.

Según el historiador William A. Williams «La intervención como operación consistentemente antibolchevique fue

decidida por los dirigentes estadounidenses a las cinco semanas del día en que Lenin y Trotski tomaron el poder»⁴. Como suele ocurrir con los invasores imperialistas —ya sea por ingenuidad o cinismo—, los estadounidenses creyeron que serían recibidos como libertadores y que la población local se levantaría en rebelión contra los bolcheviques. Como escribió el embajador Francis a Washington:

«La información procedente de todas las fuentes demuestra el descontento con el [gobierno] soviéticos e indica que [una] intervención aliada sería bien recibida por [el] pueblo ruso»⁵.

El 17 de julio de 1918, Wilson aceptó una «intervención militar limitada». El 3 de agosto, el gobierno estadounidense declaró públicamente que estaba totalmente de acuerdo con las demás potencias imperialistas en su política de intervención en Rusia.

Pero los imperialistas subestimaron lamentablemente la profundidad de la revolución y el heroísmo y la determinación de las masas soviéticas.

ENCONTRAR UN PRETEXTO

El gobierno estadounidense puso en marcha planes operativos para una serie de expediciones militares a la República Soviética. Públicamente, afirmaron que se trataba de mantener los puertos estratégicos y los depósitos de armas fuera del alcance de los alemanes. Pero su verdadero objetivo era mantenerlos alejados de los bolcheviques.

El imperialismo estadounidense también tenía otros motivos. El imperialismo japonés estaba en auge y la «puerta abierta» de Occidente a Oriente estaba

Soldados estadounidenses de la 31ª Infantería marchando cerca de Vladivostok, Rusia, 27 de abril de 1919



amenazada. El primer contingente de tropas japonesas ya había desembarcado en Vladivostok el 5 de abril de 1918. Pero, ¿cómo justificar la intervención militar estadounidense en Siberia Oriental, que se encontraba a miles de kilómetros del Ejército Imperial Alemán? La respuesta llegó en forma de Legión Checa.

Durante la Primera Guerra Mundial, 70.000 soldados checos y eslovacos se habían presentado voluntarios para luchar con el ejército zarista contra las Potencias Centrales a cambio de la independencia del Imperio Austrohúngaro. Pero con la desaparición del Zar y la llegada de los bolcheviques al poder, se quedaron varados en Rusia: un ejército extranjero experimentado y numeroso en medio de la revolución. Comenzaron a avanzar lentamente hacia el este por el ferrocarril transiberiano, con la esperanza de evacuar el país a través de Vladivostok, para luego viajar por mar y reunirse con los Aliados en Europa Occidental.

Sin embargo, en mayo de 1918, tras una serie de enfrentamientos menores, la Legión Checa se sublevó abiertamente contra el régimen bolchevique, ocupando varias ciudades importantes a lo largo de la crucial arteria de transporte. Esto les situó objetivamente en el campo de la contrarrevolución, y los Ejércitos Blancos aprovecharon el caos para establecer una serie de gobiernos antibolcheviques por toda Siberia.

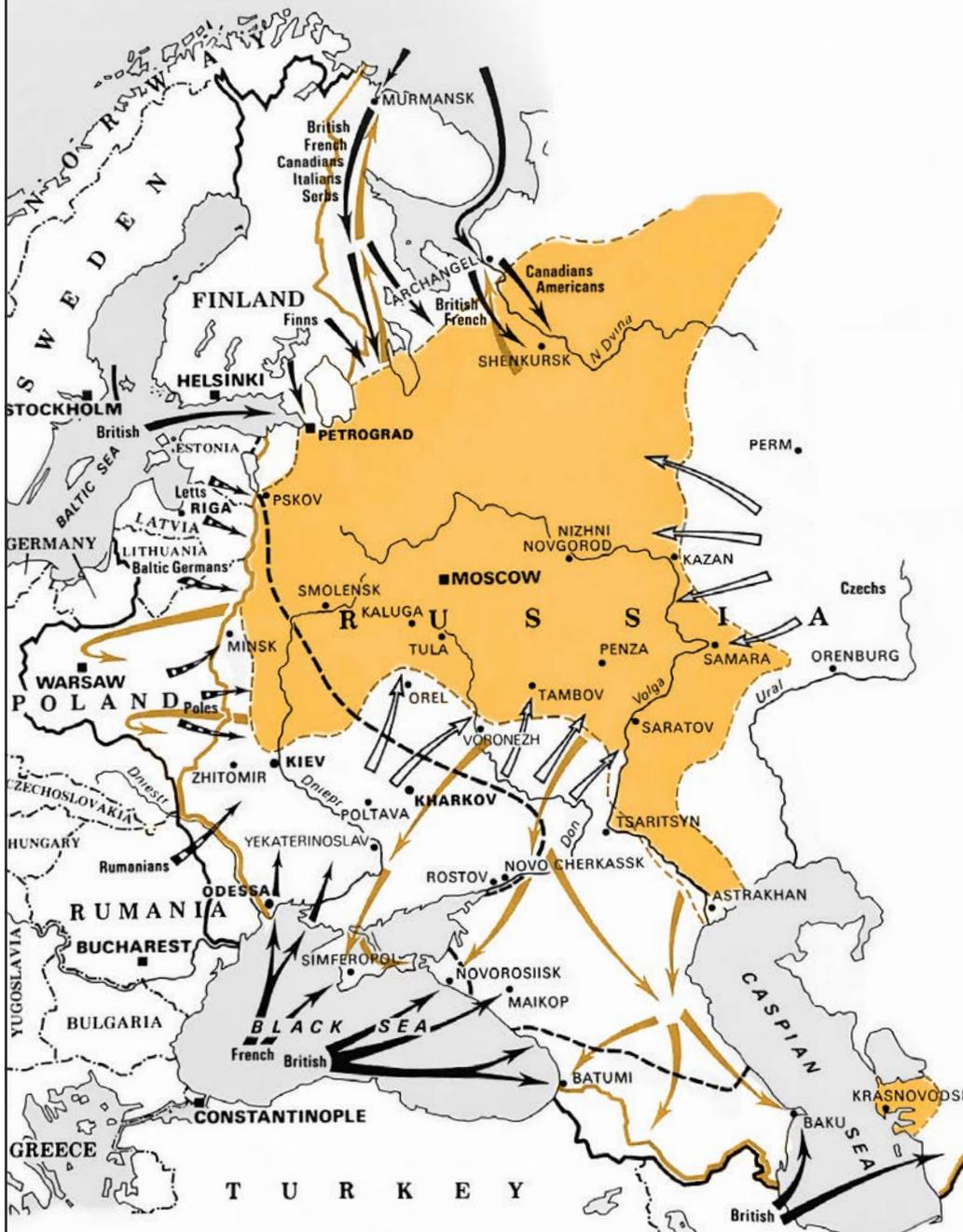
El enfrentamiento entre el poder soviético y la Legión Checa fue la excusa que los estadounidenses habían estado buscando para intervenir en apoyo de los «reputados y sanos elementos del orden»⁶ de Rusia.

'DOUGHBOYS' Y OSOS POLARES

La invasión estadounidense de suelo soviético comenzó el 15 de agosto de 1918, con el desembarco de 3.000 soldados en Vladivostok. En total, casi 9.000 soldados estadounidenses, apodados «doughboys», servirían en ese frente, habiendo sido transferidos principalmente de la ocupación de Filipinas.

A continuación, el 4 de septiembre, unos 5.000 soldados de la Fuerza Expedicionaria Americana del Norte de Rusia —más conocidos como los «osos polares»— desembarcaron en Arkhangelsk, un puerto clave en el Mar Blanco con línea directa a Petrogrado.

La primera orden del día fue la creación de una Fuerza Internacional de Policía compuesta por tropas de 12 naciones bajo el mando de un oficial estadounidense nacido en Rusia, el comandante Samuel Ignatiev Johnson. La siguiente tarea era garantizar que el Ferrocarril Transiberiano siguiera operativo para que los checos pudieran volver a consolidar sus fuerzas.



- Límite del Imperio ruso, 1914
- - - Frente Oriental, Otoño 1918
- Área controlada por los bolcheviques, oct 1919
- Límite del territorio soviético, mar 1921
- ➔ Ataques por las potencias occidentales
- ➔ Ataques por los blancos
- ➔ Ataques por otras nacionalidades
- ➔ Contraataques soviéticos

Por supuesto, oficialmente hablando, nada de esto tenía nada que ver con intervenir en la guerra civil que ya hacía estragos entre rojos y blancos. Tampoco tenía nada que ver con contrarrestar a los japoneses —que habían respondido al desembarco de tropas estadounidenses reforzando su propio contingente hasta 72.000 efectivos— un claro mensaje sobre sus pretensiones en Extremo Oriente.

Los imperialistas aliados de Gran Bretaña, Francia, Canadá y Australia también habían enviado decenas de miles de tropas a Siberia. Por su parte, los rojos contaban con unos 15.000 efectivos en este frente, incluidos algunos prisioneros de guerra germano-austriacos

que habían desertado para unirse a la causa comunista.

Los Ejércitos Blancos representaban a las fuerzas de la reacción en Rusia. Financiados y apoyados por los imperialistas, luchaban por representar los intereses de los grandes terratenientes, la Iglesia Ortodoxa y los capitalistas, y estaban dispuestos a restaurar el statu quo prebolchevique por cualquier medio necesario.

El caudillo protofascista Alexander Kolchak organizó los ejércitos de la contrarrevolución en Extremo Oriente, junto con Anton Denikin en el sur de Rusia y Nikolai Yudenich en el noroeste. Bajo la égida protectora de los Aliados, Kolchak se autoproclamó «Gobernante Supremo de

Rusia» y jefe del Estado ruso, en oposición al gobierno de los bolcheviques. El suyo fue un régimen espantoso de pogromos, torturas, ejecuciones y trabajos forzados.

Por otro lado, el Ejército Rojo representaba a las fuerzas de la revolución: la clase obrera y la masa de campesinos pobres. Para defender la nueva República Soviética y la propiedad nacionalizada sobre la que descansaba, León Trotski construyó con éxito un «nuevo modelo de ejército», prácticamente desde cero.

Aunque se vio obligado a recurrir a antiguos oficiales zaristas —que poseían conocimientos técnicos y experiencia que no podían reproducirse de la noche a la mañana—, garantizó la lealtad a la causa revolucionaria nombrando comisarios políticos para supervisar cada unidad.

En poco tiempo, el Ejército Rojo creció hasta convertirse en una fuerza de millones de personas, estrechamente disciplinada e inspirada políticamente, que logró milagros en el campo de batalla y acabó cambiando las tornas contra la reacción y la intervención imperialista.

AYUDA A LOS BLANCOS

Huelga decir que los estadounidenses se encontraban en una situación delicada. Oficialmente, Estados Unidos no estaba ni en guerra ni aliado con ninguno de los bandos en conflicto. Pero la presencia de miles de soldados sobre el terreno en medio de una guerra civil entrañaba el riesgo de una escalada política y militar. El Secretario de Guerra estadounidense, Newton Baker, le dijo a William Graves, el general estadounidense a cargo de la aventura siberiana: «Cuidado por donde pisas; estarás caminando sobre huevos cargados de dinamita».⁷

Las operaciones «defensivas» de los estadounidenses se centraron ostensiblemente en permitir la salida del país de la Legión Checa. En la práctica, por supuesto, su presencia ayudó e instigó el reino del terror blanco en la región. El Acuerdo Ferroviario Interaliado de febrero de 1919, que impuso el control militar de los ferrocarriles siberianos, no hizo más que formalizar la realidad sobre el terreno: que los Aliados mantenían las líneas de suministro para las tropas de Kolchak. El control blanco sobre los ferrocarriles les permitía atacar o matar de hambre a cualquiera que no estuviera de acuerdo con la dictadura de Kolchak.

Unos 250 soldados estadounidenses fueron enviados a defender las minas de Souchan, situadas a 75 millas al noreste de Vladivostok. Estas minas proporcionaban gran parte del carbón utilizado para el funcionamiento de los ferrocarriles en Rusia Oriental, un recurso esencial para la contrarrevolución. Uno de los primeros actos de los Aliados había sido readmitir al antiguo director de la mina, que había

sido expulsado de la zona por los trabajadores. Otros 2.000 estadounidenses fueron destacados a 1.700 millas al oeste de Vladivostok para vigilar otro nudo vital del ferrocarril. Miles más tomaron posiciones en otros puntos estratégicos de las líneas ferroviarias.

Todo esto condujo inevitablemente a una serie de enfrentamientos con las tropas del Ejército Rojo, las crecientes filas de partisanos pro bolcheviques e incluso cosacos blancos opuestos a la presencia de intrusos extranjeros.

Los ataques de los partisanos rojos contra el transporte ferroviario, las vías y los puentes aumentaron durante marzo y abril. En mayo, Graves decidió que, para mantener el orden, las tropas americanas tendrían licencia oficial para perseguir a los guerrilleros que acosaban a Kolchak. Siguió un verano de escaramuzas, ataques y patrullas de combate en los alrededores, a menudo junto a tropas rusas blancas y japonesas.

En junio, en la batalla de Romanovka, los rojos atacaron por sorpresa un campamento del ejército estadounidense, con el resultado de 24 estadounidenses muertos y 25 heridos. Cinco días después, el embajador estadounidense en Japón viajó a la capital de Kolchak, Omsk. Aunque no le reconoció oficialmente como dirigente oficial de Rusia, se interesó «con simpatía por la organización y las actividades de Kolchak».⁸

Sin embargo, el embajador estimó que se necesitarían 40.000 soldados estadounidenses adicionales para asegurar la victoria de Kolchak y frenar la invasión japonesa de la región. Pero esto era imposible.

Muchos soldados estadounidenses simpatizaban más con los rojos que con los blancos y estaban horrorizados por la crueldad de Kolchak. El 1 de octubre de 1919, soldados estadounidenses fueron arrestados y azotados por los cosacos de Kolchak; al parecer, nadie estaba exento de su brutalidad.

Escenas similares de lucha y desmoralización final tuvieron lugar en los alrededores de Arkhangelsk, donde los «osos polares» fueron estacionados y puestos bajo el control de los británicos. No olvidemos que la mayoría de estas operaciones tuvieron lugar después de que la Primera Guerra Mundial terminara oficialmente el 11 de noviembre de 1918. Sin embargo, continuó la ocupación de partes de la Rusia soviética, lo que acabó con la «no intervención» de Wilson.

LLAMAMIENTOS INTERNACIONALISTAS

Los rojos no sólo respondieron militarmente, sino también políticamente, apelando a las tropas invasoras sobre la base del internacionalismo proletario. Sólo unos días después de que las primeras tropas estadounidenses desembarcaran

en Vladivostok, *Pravda* publicó una «Carta a los obreros norteamericanos», escrita por el propio Lenin. También se dirigieron llamamientos a los trabajadores de Europa.

Lenin era un teórico y estratega supremo. Pero era un táctico igualmente hábil y, por supuesto, un ferviente internacionalista. Siempre vio la Revolución Rusa como un mero componente de la revolución mundial, y no se hacía ilusiones de que pudiera sobrevivir aislada. Como explicó Lenin:

«Nosotros contamos con la inevitabilidad de la revolución mundial, pero eso no quiere decir, ni mucho menos, que contemos como unos simples con la inevitabilidad de la revolución en breve y determinado plazo [...]

Sabemos que las circunstancias no han puesto en vanguardia a nuestro destacamento, al destacamento ruso del proletariado socialista, a causa de nuestros méritos, sino a causa del atraso particular de Rusia, y que hasta que estalle la revolución mundial son posibles derrotas de algunas revoluciones.»⁹

Dado su poderío económico y militar y el peso de su clase obrera, Lenin entendía que EEUU era una clave vital para ese proceso mundial, y así sigue siendo hoy. De hecho, las ideas esbozadas en su carta son hoy más relevantes que nunca.

En ella, Lenin adoptó un tono honesto, franco y abierto, dejando al descubierto los numerosos problemas y deficiencias de la revolución, al tiempo que señalaba su infinito potencial y la cínica hipocresía de quienes pretendían ahogarla en sangre:

«La venal prensa burguesa puede gritar a los cuatro vientos cada falta en que incurra nuestra revolución. No tenemos miedo a nuestras faltas. Los hombres no se han vuelto santos por el hecho de que haya comenzado la revolución. Las clases trabajadoras, oprimidas y mantenidas en la oscuridad durante siglos, condenadas por la fuerza a vivir en la miseria, en la ignorancia y el embrutecimiento, no pueden hacer la revolución, sin incurrir en faltas [...]

Por cada cien faltas nuestras proclamadas a los cuatro vientos por la burguesía y sus lacayos (incluidos nuestros mencheviques y eseristas de derecha) hay 10.000 hechos grandes y heroicos, tanto más grandes y heroicos por tratarse, de hechos sencillos, imperceptibles, ocultos en la vida diaria del barrio fabril o de la aldea perdida, de hechos realizados por hombres que no tienen la costumbre (ni la posibilidad) de gritar al mundo entero cada uno de sus éxitos.»¹⁰

Lenin también hizo gala de su rico conocimiento de la «tradición revolucionaria en la vida del pueblo estadounidense», con referencias a la Revolución Americana, la

Guerra Civil de EEUU y Eugene V. Debs. Al destacar las divisiones de clase de la sociedad estadounidense, pretendía abrir una brecha entre los trabajadores estadounidenses y sus explotadores. Contrapuso a los «plutócratas estadounidenses» al «proletariado revolucionario de Estados Unidos», y les pidió que llevaran a cabo la importante tarea de poner fin a la intervención. El verdadero enemigo, después de todo, está en casa. Como explicó:

«Los multimillonarios norteamericanos eran, probablemente, los más ricos de todos y los que se encontraban en la situación geográfica más segura. Se han enriquecido más que nadie; han convertido en tributarios suyos a todos los países. En cada dólar hay manchas de sangre, de la sangre que vertieron a mares los 10.000.000 de muertos y los 20.000.000 de mutilados durante esa lucha grande, noble, liberadora y sagrada.»¹¹

En términos sencillos pero profundos, Lenin explicó las raíces de clase de la Primera Guerra Mundial y la intervención extranjera contra los soviéticos, dejando meridianamente claro que tanto los alemanes como los aliados eran responsables criminales de la horrible matanza. Lejos de ser herramientas maleables o agentes del kaiser, los bolcheviques eran enemigos mortales del imperialismo alemán, como lo demuestran los términos de Brest-Litovsk.

Lenin condenó a todos los imperialistas con el lenguaje más vívido posible:

«Y el cadáver de la sociedad burguesa, como ya he indicado en otra ocasión, no se puede encerrar en un ataúd y enterrar. El capitalismo muerto se pudre, se descompone entre nosotros, infestando el aire con sus miasmas, emponzoñando nuestra vida y envolviendo lo nuevo, lo fresco, lo joven, lo vivo, con miles de hilos y vínculos de lo viejo, de lo podrido, de lo muerto.»¹²

MORAL EN DECLIVE

Superados en número y mal acogidos, muchos de los trabajadores y granjeros estadounidenses en uniforme tenían cada vez más dudas sobre su papel en Rusia y se sentían molestos bajo el mando de los británicos en Arkhangelsk. Un oficial estadounidense resumió el decaído estado de ánimo de las tropas:

«Decían que habían sido reclutados para luchar contra Alemania, no contra los bolcheviques. Que habían sido enviados aquí para custodiar suministros y no para llevar a cabo una guerra agresiva; que tras la firma del armisticio con Alemania su trabajo había terminado y que si el gobierno quería que se quedaran y lucharan contra el bolchevismo debía decirlo y anunciar alguna política definida respecto a Rusia.»¹³



«¡Estad en guardia!» (1921), Dmitry Moor, que representa a León Trotski, dirigente del Ejército Rojo

Otro informó al general de más alto rango de Estados Unidos, 'Black Jack' Pershing, que:

«La moral de nuestras tropas ha sido baja desde la firma del armisticio con Alemania. Los hombres y algunos de los oficiales parecen incapaces de entender por qué deben permanecer en Rusia después de haber cesado la lucha con Alemania.»¹⁴

Debido a su familiaridad con el clima frío, la mayoría de los «osos polares» destacados en el norte de Rusia procedían del Alto Medio Oeste. Una vez que el armisticio fue oficial, los periódicos de Chicago, Detroit y Wisconsin aumentaron la presión para que las tropas regresaran a casa. Algunos incluso reimprimieron íntegramente las cartas de los soldados en las que se enfrentaban, desafiando la censura del gobierno. Una viñeta publicada en el *Chicago Tribune* mostraba a dos soldados estadounidenses en Arkhangelsk preguntándose: «Dime, ¿cuándo declaramos la guerra a Rusia?».

Las tropas estadounidenses estaban sometidas a un flujo constante de llamamientos internacionalistas proletarios por parte de los soviéticos, que añadían que los ocupantes se enfrentaban a una

destrucción segura si permanecían en suelo ruso. La presencia de los imperialistas también se utilizó para unir al campesinado ruso al bando de la revolución.

Un folleto mostraba al Tío Sam y a los capitalistas británicos sujetando las correas de los líderes blancos. La Cruz Roja Americana señaló: «La presencia de la Expedición Aliada en el norte de Rusia constituye uno de los pilares más fuertes del gobierno bolchevique».¹⁵

Creció la presión política para poner fin a la expedición, con congresistas y senadores republicanos encabezando la acusación. La votación sobre el proyecto de ley quedó empatada entre los partidos, y el vicepresidente demócrata deshizo el empate a favor de prolongar la aventura.

Tras el fracaso de la votación, la moral de los soldados se desplomó aún más. El 30 de marzo de 1919 se alcanzó un punto de inflexión cuando un sargento de Rusia del Norte ordenó a cuatro soldados rasos que cargaran sus trineos y se trasladaran al frente. Se negaron y se convocó una asamblea general. Según un tal teniente May, los soldados se quejaron de que:

«Nunca les habían respondido por qué estaban allí, pero los rojos intentaban empujarlos al Mar Blanco y que ellos luchaban por sus vidas.»¹⁶

AMBIENTE AMOTINADO

Aunque hay versiones contradictorias sobre lo que ocurrió a continuación, el *Washington Post* publicó un artículo el 11 de abril con el siguiente titular: «Tropas estadounidenses se amotinan en el frente de Arcángel». El artículo informaba de que después de que cuatro soldados se hubieran negado a ir al frente, otros 250 soldados se habían insubordinado, y predecía que era posible un «motín general» si las tropas no se retiraban inmediatamente. Estos informes acabaron por llegar a los «osos polares» en Rusia, lo que deprimió aún más los ánimos.

Al menos algunos de los soldados estadounidenses habían llegado a la conclusión de que los británicos, que tenían el mando general de la operación, soñaban con una conquista total. Como escribió uno en su diario:

«No había suministros. En realidad, los británicos querían ocupar y conquistar el estado del norte de Rusia para obtener el pino de los bosques».¹⁷

Creció el temor de que las tropas estadounidenses no obedecieran las órdenes de los oficiales británicos. Como escribió un comandante americano:

«Muchos de nuestros oficiales expresaron serias dudas de que se obedecieran las órdenes de operaciones agresivas».¹⁸

El estado de ánimo de los campesinos rusos en las regiones ocupadas se inclinaba claramente a favor de los rojos. La Revolución de Octubre había dado tierras a los campesinos, pero allí donde los blancos tomaban el control, restauraban

sin piedad a los antiguos terratenientes, respaldados por un régimen de terror. Era fácil decidir qué bando defendía mejor sus intereses.

Mientras tanto, el titánico esfuerzo de Trotski por construir un Ejército Rojo estaba logrando resultados maravillosos. Incluso la inteligencia militar estadounidense tuvo que reconocerlo:

«En los últimos dos meses, todas las fuerzas bolcheviques se han reorganizado, y se está intentando seriamente crear un ejército grande y bien disciplinado según el modelo europeo».¹⁹

A medida que los bolcheviques ganaban impulso, se intensificaba la preocupación de que los ocupantes fueran arrollados. Las posiciones aliadas eran atacadas regularmente con artillería de largo alcance, y los servicios de inteligencia informaban de que «[el] enemigo está acumulando tropas sistemáticamente en todos los frentes con vistas a una ofensiva general antes del deshielo.»²⁰

Un comandante americano, el general Stewart, escribió urgentemente al Secretario de Guerra:

«El enemigo es cada vez más numeroso en todos los frentes y está más activo. El mando aliado es pequeño y no tenemos reservas».²¹

La batalla final en el norte de Rusia tuvo lugar cerca del pueblo de Bolshie Ozerki el 2 de abril de 1919. Para entonces, las tropas estadounidenses se habían quedado sin efectivos, armas, suministros y moral. En junio, tan pronto como se reabrió la navegación por el Mar Blanco, las tropas estadounidenses iniciaron su retirada y se enviaron soldados británicos para reemplazarlas. Poco después, los bolcheviques invadieron esas posiciones y retomaron Murmansk y Arkhangelsk.

El 1 de abril de 1920, las últimas tropas estadounidenses se retiraron de Siberia. Un total de 424 estadounidenses habían muerto en combate o por enfermedad o congelación en el norte de Rusia y Siberia.

INTERNACIONALISMO EN ACCIÓN

La lucha de los bolcheviques contra el imperialismo estadounidense no se detuvo en las fronteras rusas. La carta de Lenin fue introducida de contrabando en EE.UU. y publicada en forma ligeramente abreviada en diciembre de 1918, tanto en la revista neoyorquina *The Class Struggle* [La Lucha de Clases] como en el semanario de Boston *The Revolutionary Age* [Época Revolucionaria]. John Reed, autor de *Diez días que conmovieron al mundo*, fue uno de los artífices de la publicación de la carta en Estados Unidos.

A partir de ahí, la carta llegó a la prensa burguesa de Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y Alemania. En EE.UU., en particular, se convirtió en un punto focal para la izquierda revolucionaria, sirviendo como documento fundacional *de facto* para el embrionario movimiento comunista y ayudando a levantar la oposición a la intervención armada de Wilson contra la revolución.

Aquí vemos los frutos del internacionalismo proletario de Lenin en acción. Enfrentado a la amenaza de destrucción por todos lados, apeló a los trabajadores del mundo sobre una base clasista, sin el menor atisbo de chovinismo nacional, y utilizó sus llamamientos para ayudar a construir partidos revolucionarios dentro de las propias fronteras de los imperialistas.

El destino de la malhadada aventura del imperialismo estadounidense en la joven República Soviética ofrece muchas lecciones a los comunistas de hoy.

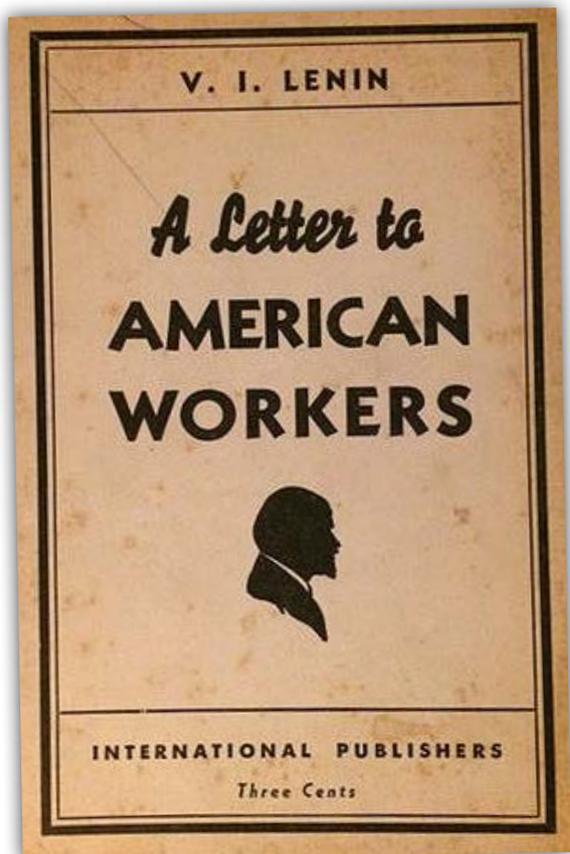
La hipocresía del imperialismo estadounidense no ha hecho más que crecer desde 1918. Hoy, mientras EEUU y sus aliados de la OTAN financian guerras y atrocidades tanto en Ucrania como en Oriente Medio —todo ello en nombre de la «democracia» y la «autodeterminación de las naciones»—, es más importante que nunca que los comunistas denuncien las mentiras y los verdaderos intereses de los imperialistas, de la misma manera audaz y basada en principios que Lenin.

En el contexto de las crecientes tensiones entre el imperialismo occidental, Rusia y China, con toda la inestabilidad y las «guerras proxy» que esto conlleva, la necesidad de una postura clara, clasista e internacionalista es absolutamente imperativa. En lugar de ponerse del lado de una u otra de las potencias contendientes, los comunistas deben hacer un llamamiento a los trabajadores de todo el mundo para que luchan contra sus propios imperialistas y unan sus fuerzas para la victoria de la revolución socialista mundial.

Más de 100 años después de que EEUU invadiera Rusia, el potencial para la revolución mundial nunca ha sido mayor y tenemos todo el derecho a compartir la inagotable confianza de Lenin en la clase obrera mundial:

«¡Que suelten sus malos agüeros los baldragas “socialistas”, que se ensañe y enfurezca la burguesía! Únicamente los que cierran los ojos y se tapan los oídos pueden no ver ni oír que han empezado en todo el mundo, para la vieja sociedad capitalista preñada de socialismo, los dolores del parto».²² ■

Referencias en línea
americasocialista.org/amsoc37
o escanea el código QR





LA CUÑA ROJA DE EL LISSITZKY: LA ESENCIA DE LA REVOLUCIÓN

El emblemático cartel de la Guerra Civil de El Lissitzky «¡Vence a los blancos con la cuña roja!» es quizá la obra de arte más reconocible de toda la Revolución Rusa. Su influencia se ha extendido hasta la actualidad. En este artículo, **Nelson Wan** y **James Kilby** analizan cómo surgió *La cuña roja*, cómo capta la esencia de la revolución y cómo una obra de propaganda como ésta puede considerarse arte sublime.

*“En Moscú, en 1918, se produjo ante mis ojos el cortocircuito que partió el mundo en dos. Este único golpe empujó el tiempo que llamamos presente como una cuña entre el ayer y el mañana. Mis esfuerzos se dirigen ahora a profundizar la cuña. Uno debe pertenecer a este lado o al otro, no hay término medio».*¹

— El Lissitzky, 1918

La Revolución Rusa de 1917 dio paso a una oleada de genio artístico y creativo que conmovió a lo más profundo de la sociedad. Por primera vez en su vida, las masas oprimidas de Rusia tuvieron abiertas de par en par las puertas del arte y la cultura. Mientras tanto, los mejores y más

brillantes artistas e intelectuales rusos se unieron a la revolución.

Uno de los más grandes fue el virtuoso Eleazar Markovich Lissitzky, mejor conocido como «*El Lissitzky*». El Lissitzky fue, entre otras cosas, fotógrafo, diseñador, tipógrafo y arquitecto. El Lissitzky revolucionó casi todos los campos del arte en los que trabajó y, tras la Revolución de Octubre, se identificó en cuerpo y alma como comunista.

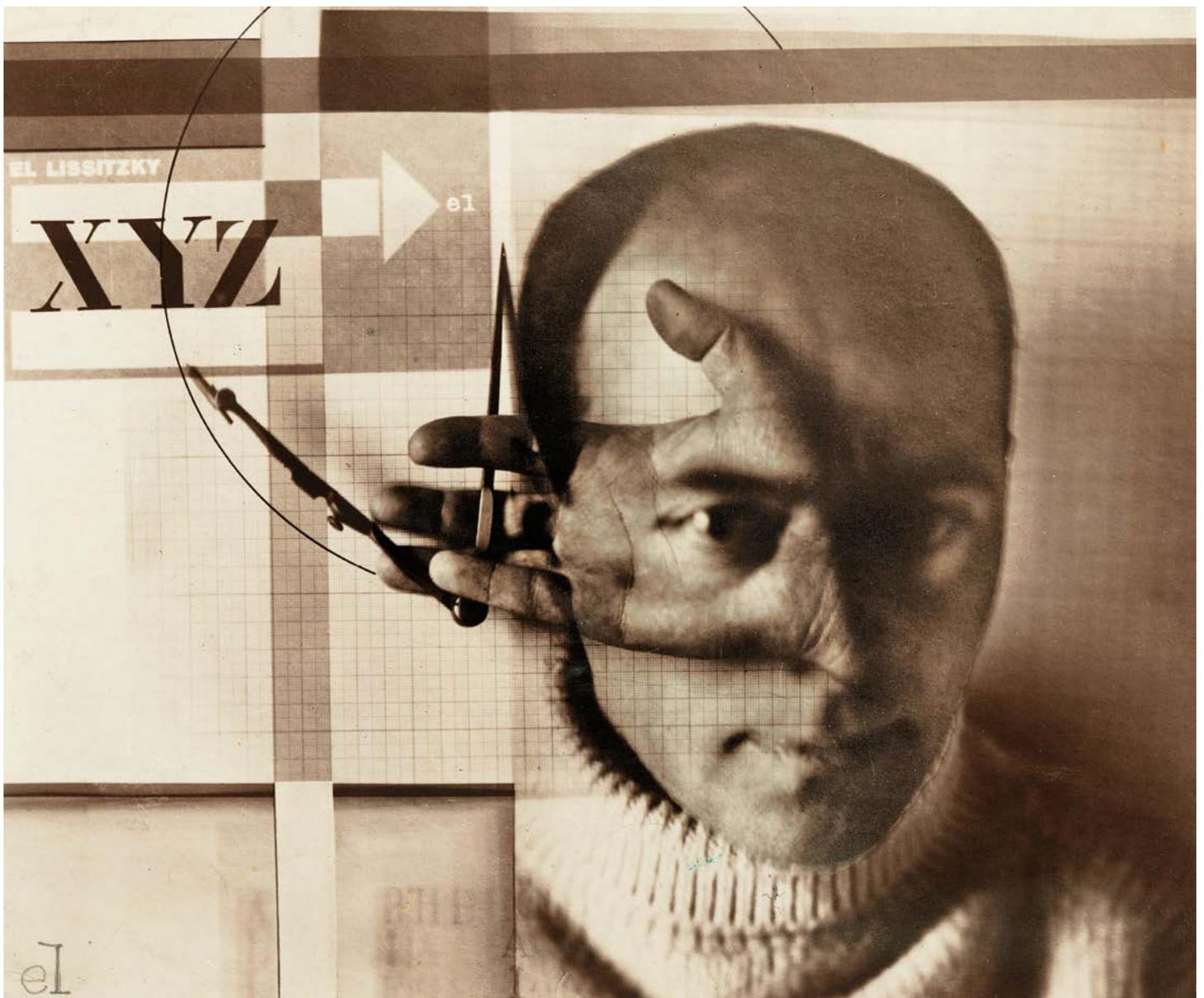
Aunque sus contribuciones en otros campos han sido fundamentales, la obra por la que quizá sea más conocido El Lissitzky es su cartel de la Guerra Civil «¡Vence a los blancos con la cuña roja!», realizado para ayudar a la lucha bolchevique contra los ejércitos blancos de la reacción.

LUCHA INTENSA

¡Vence a los blancos con la cuña roja! es una brillante representación del proceso revolucionario en una de sus fases más intensas: la de la guerra civil.

En el curso de esta lucha, la sociedad se polariza en grado sumo. No hay forma de escapar a la pregunta: ¿de qué lado estás?

Esta era precisamente la situación en la que se encontraba la Revolución Rusa a finales de 1919, cuando El Lissitzky realizó probablemente *La cuña roja*. Aunque la Revolución de Octubre de 1917 fue en gran medida un asunto incruento, en marzo de 1918 la intervención de los imperialistas del mundo para financiar, armar y suministrar fuerzas a la contrarrevolución, dio paso al baño de sangre de la Guerra Civil.



El Constructor (1924), El Lissitzky, autorretrato

En el transcurso de esta lucha, la sociedad y, de hecho, el mundo, se dividió en dos bandos opuestos, los rojos y los blancos. A pesar de ser calificada de «guerra civil», en realidad fue una guerra internacional, que se extendió por un gran número de territorios e implicó a muchas más naciones.

En un momento u otro, todos los partidos pequeñoburgueses del antiguo Imperio Ruso se escindieron o se alinearon con los blancos. El campesinado se fracturó entre las capas pobres y medias, que se beneficiaron de la política agraria de los bolcheviques y estaban dispuestas a defenderla, y los campesinos ricos, o «kulaks», la mayoría de los cuales eran hostiles a la revolución.

¡*Vence a los blancos con la cuña roja!* describe muy gráficamente este proceso como la lucha entre dos bandos a escala internacional: la luz y la oscuridad. No existe un campo intermedio.

Aquí vemos una lucha entre la revolución, representada a la izquierda en la claridad, superando a la contrarrevolución,

representada como oscuridad a la derecha. La propia cuña roja comunica claramente la punta de lanza de la revolución —el Ejército Rojo, bajo la dirección de los bolcheviques— aplastando a los Ejércitos Blancos de la reacción.

Como ocurre con muchos grandes artistas revolucionarios, la burguesía ha intentado separar el arte de El Lissitzky de sus convicciones revolucionarias, pero esto es imposible. Como dijo Trotski, un artista no es una «máquina vacía»². Es una persona viva con una psicología moldeada por la sociedad que le rodea.

La imaginería de *La cuña roja* nos dice que El Lissitzky no era un mero «compañero de viaje» que veía la revolución como un proceso ciego desde el exterior, sino que de hecho apreciaba la dinámica interna del proceso revolucionario y la totalidad de lo que representa una revolución.

Está muy claro que El Lissitzky comprendió la Revolución Rusa desde *dentro*, como comunista. A simple vista, las revoluciones son caóticas y sin forma. Para un pequeño burgués no hay razón

ni racionalidad científica detrás de una revolución. Pero El Lissitzky no representa el caos. *La cuña roja* expresa claridad, unidad de propósito y acción, coherencia y la propia lucha de clases; todo ello con precisión matemática. Trotski describió el marxismo como el «álgebra de la revolución», una descripción adecuada de lo que representa *La cuña roja*³.

UNA CUÑA

Como obra de arte, *La cuña roja* es muy abstracta y, sin embargo, sus formas simplistas aportan una claridad de significado aún más profunda. A excepción de algunos triángulos y rectángulos más pequeños, la composición se compone en su totalidad de formas bidimensionales y, sin embargo, expresa dinamismo y movimiento.

La forma de la cuña roja es nítida y contundente. Con toda su fuerza concentrada en un punto, penetra en el inerte círculo blanco. Las cuñas rojas más pequeñas expresan movimiento para irrumpir en el cuadro y destrozar los rectángulos grises

más pequeños. El texto se alinea con este movimiento. Y mientras que los contingentes más pequeños del Ejército Rojo se representan en la retaguardia como una serie de rectángulos ordenados, las fuerzas adicionales de los Ejércitos Blancos se representan en desorden al enfrentarse a los Rojos.

Al utilizar formas y colores abstractos para representar las fuerzas de la revolución y la contrarrevolución, no hay ningún indicio de nacionalismo en esta lucha. Se trata simplemente de una lucha entre las dos clases decisivas de la sociedad actual: la clase obrera internacional y los capitalistas de todos los países.

Una influencia muy probable para *La cuña roja* fue el *Monumento al Ejército Rojo* de Nikolai Kolli, construido en 1918 en Moscú para celebrar la derrota del intento de golpe militar del general Krasnov en noviembre de 1917.

Titulado simplemente *La cuña roja*, el monumento de Kolli consistía en un triángulo rojo insertado verticalmente como una cuña en un bloque rectangular blanco. Una grieta muy visible serpentea hacia abajo desde la punta del triángulo, sugiriendo que la fuerza de la cuña roja ha logrado romper la solidez de la estructura blanca.

La metáfora abstracta de esta cuña roja pretendía significar la victoria del Ejército Rojo sobre la contrarrevolución blanca. El monumento conseguía transmitir una narrativa comprensible para todos los niveles de la sociedad rusa, como sin duda habría sido el caso de la transmutación que El Lissitzky hizo del monumento de Kolli en su *Cuña roja*.

La cuña roja es en sí misma una metáfora adecuada de la vanguardia de la revolución. Por un lado, representa las fuerzas militares de los rojos, lo bastante afiladas como para perforar las defensas de los blancos y arrollarlos. Pero en otro nivel, representa el *programa rojo de la revolución*: expropiación de los capitalistas y terratenientes, poder obrero y tierra para los campesinos.

Los bolcheviques utilizaron hábilmente su programa para abrir una brecha en los ejércitos de la contrarrevolución, dividiendo sus fuerzas entre las cúpulas militares —y los capitalistas y terratenientes a los que servían— y las filas, muchas de las cuales fueron *ganadas políticamente* para el bando de la revolución.

De hecho, de los 21 ejércitos de intervención extranjera que fueron enviados por los imperialistas para ayudar a aplastar la revolución, casi todos tuvieron que ser retirados tras motines, o el peligro de rebeliones, desde dentro de sus filas.

La cuña roja (1918), Nikolai Kolli.
El texto en el bloque dice:
«Bandas de guardias blancos».

Por tanto, la cuña roja es eficaz para derrotar a los ejércitos blancos *desde dentro*, algo que el cartel de El Lissitzky transmite de forma excelente.

EL IMPACTO DE OCTUBRE

La cuña roja también es digna de mención porque revela el profundo impacto que tuvo la Revolución Rusa en una capa de artistas y en su arte.

La entrada de las masas en el escenario de la historia desató por su parte un enorme deseo reprimido de conquistar el mundo de la cultura. La lucha por transformar la sociedad produjo un sentimiento de elevación espiritual que, por supuesto, encontró su reflejo en el arte de la época.

La revolución atrajo a una amplia capa de artistas, que conectaron con el nuevo



espíritu de la época. Se abandonaron las viejas tradiciones y rutinas del pasado en favor de nuevas ideas y técnicas.

La cuña roja es claramente un producto de la escuela suprematista, impulsada por Kazemir Malévich, amigo y mentor de El Lissitzky, en 1915. Malévich creó algunas de las primeras pinturas completamente abstractas del mundo. Rechazó la imitación de las formas naturales y exigió la creación de composiciones geométricas abstractas, de colores limitados, para demostrar «la supremacía del sentimiento puro en el arte creativo».⁴

Malévich señaló acertadamente que el arte que se limita a reproducir fielmente la semejanza de los objetos materiales no constituye en sí mismo un gran arte. Lo más significativo son *los sentimientos* que una obra de arte produce en las personas.

Si bien es cierto que esto encierra una profunda verdad, Malévich, como idealista filosófico, exageró el mundo de los sentimientos y emociones «no objetivos» como algo primordial respecto al mundo material. Su filosofía del suprematismo estaba, por tanto, envuelta en un manto de misticismo.

Una de las obras más famosas de Malévich, en la que llevó la abstracción a su forma más extrema, fue su pintura de un cuadrado negro (para representar el «sentimiento puro») sobre un fondo blanco, que realizó en 1915. De ahí pasó a composiciones más complejas de formas geométricas, como su «Composición suprematista (*Rectángulo azul sobre rayo rojo*)», pintada en 1915.

El cuadrado negro de Malévich —y otras obras— abrieron la puerta a una auténtica revolución en el arte, que se basaba en las abstracciones como forma de conjurar sentimientos. Algunas de las mejores obras de este periodo surgieron de esta tendencia.

A partir de 1917, Malévich se adhirió plenamente a la revolución y se convirtió en miembro del Collegium sobre las Artes del Narkompros (Comisariado del Pueblo para la Educación). A pesar de su hostilidad filosófica hacia el marxismo, se le animó a asumir funciones docentes en varias escuelas de arte de prestigio y se le brindaron amplias oportunidades para exponer sus obras. Esto es testimonio de la cultura de la libertad de expresión artística que

caracterizó los primeros años del régimen bolchevique, antes de que fuera sofocada por el ascenso de la burocracia estalinista.

En octubre de 1919, El Lissitzky convenció a Malévich para que se uniera a él como profesor en la Escuela Popular de Arte de Vitebsk, Bielorrusia. Además de enseñar diseño gráfico, imprenta y arquitectura, El Lissitzky había pasado el verano en Vitebsk diseñando y creando carteles de propaganda.

Fue en Vitebsk donde Malévich convirtió a El Lissitzky a su estilo suprematista. Poco después (a finales de 1919 o principios de 1920), El Lissitzky produjo *¡Vencer a los blancos con la cuña roja!*

A pesar de sus enormes contribuciones al arte de este periodo, Malévich fue descrito por El Lissitzky como «atrapado en un mundo desprovisto de objetos reales»⁵.... Por ello, El Lissitzky tuvo que llevar a cabo una aplicación más práctica de las ideas suprematistas de Malévich en *La cuña roja* y otras obras.

La cuña roja era un póster producido en masa, a diferencia de una pintura o una escultura. Se adentraba en el terreno de la tipografía, el diseño gráfico y la cartelería.

La última exposición futurista de pinturas 0,10: Una sección de obras suprematistas de Kazimir Malevich expuestas por primera vez en 1915 en Petrogrado. El *Cuadrado Negro* aparece en el centro, entre las dos paredes. La *Pintura suprematista (con trapecio negro y cuadrado rojo)* está justo debajo y a la izquierda del *Cuadrado negro*.



Y a diferencia de los intentos de Malévich de transmitir un «sentimiento puro» (algo que no puede existir), buscaba intencionadamente aprovechar y ayudar a desarrollar *un sentimiento muy específico*: el optimismo revolucionario y la determinación de la clase obrera y los pobres en su lucha por transformar el mundo.

AGIT-PROP

No fue casualidad que El Lissitzky decidiera producir su *Cuña roja* como cartel, en lugar de como lienzo o escultura tradicional. Según El Lissitzky, el diseño tipográfico experimentó un cambio radical tras la Revolución Rusa:

«Son las grandes masas, las masas semianalfabetas, las que se han convertido en el público. [...] El libro tradicional se rompió en páginas separadas, se centuplicó, se coloreó con gran intensidad y se sacó a la calle como cartel».

En los años que siguieron a la Revolución de Octubre se produjo una explosión de arte callejero, en la que los carteles desempeñaron un papel importante. Según el historiador del arte Mikhail Guerman:

«El cartel estimulaba el pensamiento, expresaba indignación, desbordaba entusiasmo, provocaba risas, respondía a los acontecimientos al instante y comunicaba noticias sin demora. Los carteles se dibujaban por la noche para pegarlos en las calles por la mañana. Aunque las láminas se idearon sabiendo que su vida no era más que un día, en la historia del arte han perdurado a lo largo de los años. Han perdurado no sólo como testigos de grandes acontecimientos, sino también por su gran y rigurosa perfección».

Tal era el espíritu del arte «Agit-Prop» que produjeron El Lissitzky y otros artistas de vanguardia en este periodo.

De hecho, en los años siguientes a la creación de *La cuña roja*, El Lissitzky y Malévich cofundaron UNOVIS («Exponentes del nuevo arte»), un colectivo de artistas suprematistas. En lugar de crear obras de arte para exponerlas en galerías o casas particulares, decoraron las paredes y los interiores de edificios públicos con diseños, carteles y letreros suprematistas. Su intención era difundir el Suprematismo como lenguaje visual de la revolución mundial.

¿PUEDE LA PROPAGANDA SER ARTE SUBLIME?

Lo que también es destacable de *La cuña roja* de El Lissitzky es que se produjo como cartel propagandístico, y sin embargo este hecho no disminuye su calidad artística.

El arte más sublime es el que aborda las grandes cuestiones, las de la vida y la muerte, las que mueven la vida de millones de personas. Es el arte que tiene algo que decir sobre el mundo en que vivimos,



El agit-trén bolchevique *Lenin*, llevando propaganda revolucionaria a los campesinos en 1923

que despierta las emociones y mueve a la gente a la acción.

Gran parte del mejor arte es, por tanto, político, ya que trata de las condiciones de vida, las luchas y las aspiraciones de los oprimidos. Pero la política por sí sola no hace grande al arte. Aunque es posible que los artistas transmitan un mensaje político en sus obras, el mensaje debe surgir orgánicamente del arte y no ser algo forzado.

En general, las obras de propaganda rara vez son grandes obras de arte, si es que llegan a considerarse «arte». Esto se debe a que la propaganda se ocupa principalmente de transmitir un mensaje que es totalmente externo a la forma artística utilizada. El elemento artístico es secundario; es un mero gancho para transmitir una idea política.

Pero aunque *La cuña roja* de El Lissitzky es sin duda una obra de propaganda, sus intenciones artísticas y políticas coinciden armoniosamente. La propaganda presente en la obra no es demagogia superficial; es la esencia destilada de la Revolución rusa y todo lo que pretendía conseguir.

La cuña roja es la expresión más clara de la lucha revolucionaria por cambiar la sociedad que ningún artista haya podido producir jamás. Tiene un carácter universal, ya que puede entenderse en cualquier sociedad de clases, en la que la clase revolucionaria lucha por su futuro y por el futuro de toda la humanidad.

Como tal, esta obra de arte conecta instantáneamente con las aspiraciones de los explotados y oprimidos de todo el mundo por derrocar a sus opresores e iniciar la transformación de la sociedad. Se nutre del ardiente sentimiento de rabia que millones de personas sienten por sus condiciones de vida y del odio que sienten hacia sus gobernantes. Demuestra que juntos, si nos organizamos, podemos luchar y vencer. Es una verdadera inspiración.

A la inversa, la imagen infunde miedo en los corazones de la clase dominante, aterrorizada ante la posibilidad de que un movimiento de masas les arrebatase el poder.

La cuña roja, por tanto, no puede sino despertar las emociones de la gente, dondequiera que esté. Por eso es una gran obra de arte.

UN ACICATE PARA LA ACCIÓN

El Lissitzky no consideraba los elementos propagandísticos de *La cuña roja* como un compromiso impuesto desde el exterior. Si queda alguna duda sobre cuáles eran las convicciones de El Lissitzky, basta con echar un vistazo a las confesiones personales que se publicaron en su biografía:

«Cada obra que hice era una invitación, no a observarla, sino a tomarla como un acicate para la acción, para instar a nuestros sentimientos a seguir la línea general de formar una sociedad sin clases».

Mientras que algunos filisteos pequeño-burgueses, que sólo se ven a sí mismos y a sus estrechos intereses, pueden rechazar la idea de la creación artística con fines políticos, es evidente que para El Lissitzky no existía contradicción alguna, ya que dedicó incansablemente su arte a la revolución y a la construcción de una nueva sociedad.

Hoy en día, millones de personas de todo el mundo se inspiran en *La cuña roja*. Es un recordatorio de que es posible que los oprimidos y explotados tomen el poder en sus manos y derroten a las fuerzas de la reacción. En un mundo de sufrimiento intolerable y caos, es un símbolo de que un mundo nuevo es posible. ■

Referencias en línea
americasocialista.org/amsoc37
o escanea el código QR





EL SOCIALISMO EN UN SOLO PAÍS: CÓMO STALIN ABANDONÓ EL MARXISMO

Lenin siempre mantuvo que la victoria final de la Revolución Rusa estaba ligada a la de la revolución mundial. Su internacionalismo era una continuación directa del de Marx y Engels. Pero en 1924, Stalin rompió con esta tradición al formular su reaccionaria teoría del «socialismo en un solo país». En este artículo, **Niklas Albin Svensson** explica por qué los auténticos marxistas son internacionalistas, por qué Stalin llegó a revisar el marxismo y cómo esto tendría consecuencias desastrosas durante décadas.

Los comunistas siempre han sido internacionalistas. Karl Marx y Friedrich Engels concluyeron *El Manifiesto Comunista* con las evocadoras palabras: «¡Proletarios de todos los países, uníos!». Esto estaba inscrito en la bandera de la Primera Internacional, la Segunda Internacional y la Tercera Internacional (Comunista).

Este principio del internacionalismo era central en las ideas de Lenin y la Revolución de Octubre. Pero hace 100 años, en otoño de 1924, Stalin presentó su teoría del «socialismo en un solo país», que representa una desviación fundamental del marxismo y sentó las bases teóricas para la degeneración y eventual disolución de la Internacional Comunista en 1943.

El impacto de esta falsa teoría aún se siente hoy en día. A medida que una nueva generación se acerca a las ideas del comunismo, es imperativo que comprendamos

y defendamos la verdadera tradición internacionalista de Marx, Engels y Lenin.

INTERNACIONALISMO

El internacionalismo marxista no es simple retórica ni un principio moral sino que refleja una necesidad objetiva.

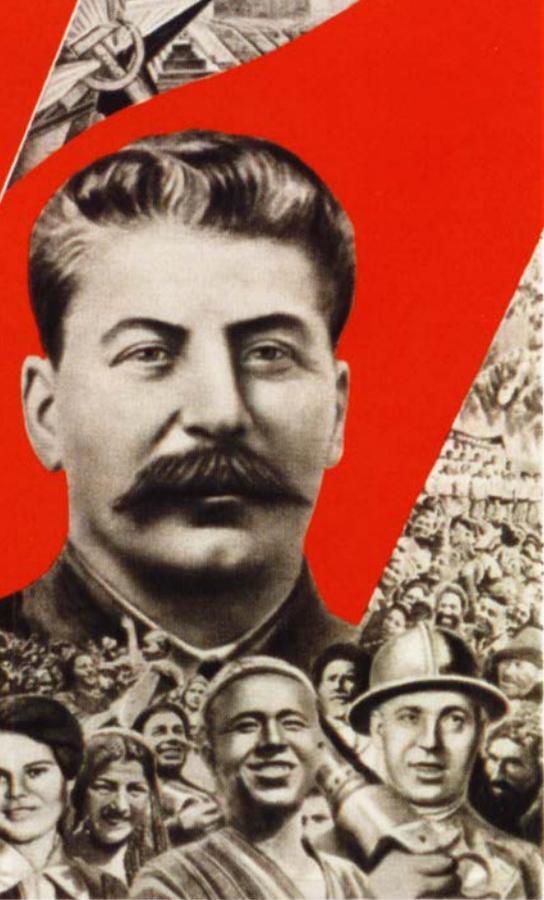
Marx y Engels siempre argumentaron que el comunismo no es simplemente una buena idea que se impondrá al mundo. Por el contrario, explicaron que la base del comunismo se encuentra en las condiciones materiales reales que existen en el capitalismo.

La condición principal para este hecho es que el capitalismo es un sistema global. Todos los países están conectados al mercado mundial y dominados por él. Esta es una proposición elemental para los marxistas. A través del mercado mundial, la propia producción se hace global. Las fábricas de una parte del mundo producen

mercancías utilizando materias primas de otra parte y maquinaria producida en una tercera.

En el proceso de producción intervienen decenas e incluso cientos de miles de trabajadores de todo el mundo, con conocimientos y aptitudes específicos, así como recursos naturales de diferentes partes del planeta. Esta creciente interconexión de la economía mundial era algo que ya estaba presente de forma embrionaria en la época de Marx. Marx y Engels escribieron lo siguiente en *El Manifiesto Comunista*:

«Ya no reina aquel mercado local y nacional que se bastaba así mismo y donde no entraba nada de fuera; ahora, la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones.»¹
La burguesía estableció el Estado-nación rompiendo con el parroquialismo y el



«¡Zad la bandera de Marx, Engels, Lenin y Stalin!» (1936), Gustavs Klucis

de otro. La llamada «globalización», es decir, la expansión del libre comercio, fue un intento de superar precisamente esta limitación.

Esto es importante para los comunistas porque una sociedad comunista sólo puede lograrse sobre la base del máximo desarrollo de las fuerzas productivas alcanzado bajo el capitalismo, y eso sólo puede alcanzarse a escala internacional. De nuevo, como escribieron Marx y Engels en *La ideología alemana*:

«Este desarrollo de las fuerzas productivas (que entraña ya, al mismo tiempo, una existencia empírica dada en un plano *histórico-universal*, y no en la existencia puramente local de los hombres) constituye también una premisa práctica absolutamente necesaria, porque sin ella sólo se generalizaría la *escasez* y, por tanto, con la *pobreza*, comenzaría de nuevo, a la par, la lucha por lo indispensable y se recaería necesariamente en toda la porquería anterior»²

Sólo sobre la base del aumento de la productividad del trabajo podría acortarse la jornada laboral y la clase obrera tener la capacidad de participar plenamente en la gestión de la sociedad. Es la condición material necesaria para la abolición de la sociedad de clases.

Por tanto, una de las tareas primordiales de la revolución socialista es precisamente liberar a las fuerzas productivas de la camisa de fuerza del Estado-nación, ya sea en lo que se refiere a compartir la ciencia, los conocimientos técnicos o las mercancías. Eso permitiría una auténtica cooperación entre trabajadores, científicos e industrias de todo el mundo:

«la dependencia *omnímoda*, forma plasmada espontáneamente de la cooperación *histórico-universal* de los individuos, se convierte, gracias a esta revolución comunista, en el control y la dominación consciente sobre estos poderes, que, nacidos de la acción de unos hombres sobre otros, hasta ahora han venido imponiéndose a ellos, aterrándolos y dominándolos, como potencias absolutamente extrañas.»³

Y continúan explicando que el desarrollo de las fuerzas productivas ya alcanzado bajo el capitalismo «haciendo que cada uno de ellos dependa de las conmociones de los otros».⁴

En otras palabras, el internacionalismo forma parte integrante del papel de la clase obrera en la historia, y no puede ser de otro modo. Cuando Marx y Engels hablaban de que la clase obrera no tiene patria, se referían a esto.

En *El Manifiesto del Partido Comunista*, el documento fundacional del movimiento comunista encontramos:

«El propio desarrollo de la burguesía, el librecambio, el mercado mundial, la uniformidad reinante en la producción industrial, con las condiciones de vida que engendra, se encargan de borrar más y más las diferencias y antagonismos nacionales. El triunfo del proletariado acabará de hacerlos desaparecer. *La acción conjunta de los proletarios, a lo menos en las naciones civilizadas, es una de las condiciones primordiales de su emancipación.*»⁵

La razón de esto no es sólo romper el inevitable bloqueo y la intervención militar de las naciones capitalistas hostiles, sino algo crucial: la construcción incluso de la «primera fase de la sociedad comunista» —comúnmente denominada socialismo— requiere las fuerzas productivas más avanzadas desarrolladas bajo el capitalismo, que son inherentemente internacionales. Esta es realmente, en esencia, la posición del marxismo. Hoy en día, esto es cien veces más cierto de lo que era cuando se escribió *El Manifiesto Comunista*.

LA REVOLUCIÓN «PERMANENTE»

Esto no significa en absoluto que los trabajadores de varios países deban levantarse y tomar el poder exactamente al mismo tiempo. La presencia real de Estados-nación, cada uno con sus propias luchas de clases nacionales en diferentes niveles de desarrollo, significa que los trabajadores no conquistarán el poder en todos los países a la vez, sino que primero derrotarán a la clase dominante en un solo país.

En *El Manifiesto del Partido Comunista*, Marx y Engels escribieron:

«Por su forma, aunque no por su contenido, la campaña del proletariado contra la burguesía empieza siendo nacional. Es lógico que el proletariado de cada país ajuste ante todo las cuentas con su propia burguesía.»⁶

Marx y Engels también reconocieron que los obreros podían tomar el poder en un país relativamente atrasado, antes que los obreros de los países más avanzados. Pero para la construcción del socialismo era esencial que la revolución se extendiera a otros países, y sobre todo al centro capitalista más avanzado.

En 1850, al dirigirse al Comité Central de la Liga Comunista, Marx abordó la futura revolución en Alemania, donde una gran parte de la clase obrera aún funcionaba bajo el sistema gremial, dividida en decenas de pequeños estados semif feudales:

«Mientras la democrática pequeña burguesía desearía que la revolución terminase tan pronto ha visto sus aspiraciones más o menos satisfechas, nuestro interés y nuestro deber es *hacer la revolución permanente*, mantenerla

localismo del orden feudal, superando los límites que los feudos locales imponían al desarrollo de las fuerzas productivas. En esto desempeñó un papel progresista. Pero en los últimos 150 años, incluso el Estado-nación ha sido insuficiente. Se ha convertido en una enorme barrera para el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas y está frenando el desarrollo de la humanidad.

El auge del imperialismo moderno refleja en realidad esta contradicción entre el carácter internacional de la producción y el intercambio bajo el capitalismo, por un lado, y el Estado-nación burgués, por otro.

En su libro *El imperialismo, la fase superior del capitalismo*, Lenin explicó cómo el desarrollo de la producción capitalista había conducido al dominio de gigantescos monopolios y bancos transnacionales, que luchan por dominar el mundo, desde la extracción de materias primas hasta la captura de mercados y terrenos de inversión. De este modo, el capitalismo «supera» parcialmente los límites del Estado-nación, al tiempo que intensifica las contradicciones del sistema en su conjunto hasta un grado insoportable. El resultado es una desigualdad asombrosa, crisis profundas y guerras imperialistas.

La monopolización del mercado mundial y las cadenas de suministro que se extienden por todo el mundo demuestran que las fuerzas productivas han superado con creces los límites de los mercados nacionales y se encuentran cada vez más encorsetadas por las fronteras que separan un Estado-nación

en marcha hasta que todas las clases poseedoras y dominantes sean desprovistas de su poder, hasta que la maquinaria gubernamental sea ocupada por el proletariado y la organización de la clase trabajadora *de todos los países* esté tan adelantada que toda rivalidad y competencia entre ella misma haya cesado y hasta que las más importantes fuerzas de producción estén en las manos del proletariado»⁷

Marx habla de hacer la revolución «permanente», en el sentido de que la revolución pase de las tareas democrático-burguesas (como la unificación nacional, en el caso de la Alemania de entonces) a las tareas socialistas: expropiar a la burguesía y conquistar el poder del Estado, para luego extenderlo de un país a otro.

LA REVOLUCIÓN RUSA

Para los revolucionarios de Rusia, las condiciones de atraso planteaban un reto. ¿Cómo iba a aplicarse a Rusia esta concepción general sobre la necesidad de que el socialismo se construyera sobre las fuerzas productivas más avanzadas? Estaba claro que Rusia, por sí sola, no estaba preparada para el socialismo.

En 1905, Trotski había esbozado la respuesta a esta pregunta, en línea con la estrategia revolucionaria esbozada por Marx. Comentando cómo el capitalismo se ha desarrollado a escala mundial, transformando el mundo en un único organismo económico y político, Trotski explicó:

«Ello da, desde el principio, a los acontecimientos en curso de desarrollo, un carácter internacional y abre una gran perspectiva: la tarea de emancipación política que dirige la clase obrera rusa la eleva a ella misma a una altura hasta hoy desconocida en historia, coloca en sus manos fuerzas y medios colosales y lo posibilita por primera vez para comenzar con la destrucción a escala internacional del capitalismo, para lo cual la historia ha creado todas las condiciones objetivas previas»⁸

Es decir, independientemente del atraso que existía en Rusia, las condiciones previas para el socialismo existían a escala mundial. Por tanto, los trabajadores rusos podían *iniciar* la revolución mundial, que luego podría completarse en Europa. La estrategia de Trotski unificaba así, por un lado, la madurez de la economía mundial para el socialismo, con los diferentes grados de desarrollo y los diferentes ritmos de la lucha de clases en los distintos países, y en Rusia en particular.

Bajo la intolerable presión de la Primera Guerra Mundial, el capitalismo se rompió por su eslabón más débil: el Imperio

zarista. En febrero de 1917 estalló la revolución contra la guerra y la autocracia, y el zar fue sustituido por un «gobierno provisional» democrático-burgués. Al mismo tiempo, obreros y soldados crearon sus propios consejos revolucionarios, bajo el nombre ruso de «soviets».

El Partido Menchevique, que en aquel momento contaba con el apoyo de la mayoría de los trabajadores rusos, entró en el Gobierno Provisional, afirmando que la tarea de los trabajadores era ahora apoyar la creación de un Estado democrático, no luchar por el poder.

Justificaron esta política basándose en que Rusia estaba demasiado atrasada para construir el socialismo. Por lo tanto, razonaban, sólo la burguesía podía tomar el poder. Razonaban que sólo entonces, tras un largo e indeterminado periodo de desarrollo capitalista, Rusia estaría por fin lista para la revolución socialista. En la práctica, esto significaba defender a la débil y degenerada burguesía rusa, apoyar la guerra imperialista, detener la reforma agraria y prepararse para desarmar a los trabajadores. En resumen, los mencheviques se situaron en el campo de la contrarrevolución.

A esta traición a la clase obrera, Lenin contrapuso la consigna: «¡Todo el poder a los soviets!». Esto no significaba otra cosa que la toma del poder por los obreros y campesinos, y el derrocamiento del Estado burgués. En abril de 1917, Lenin explicó:

«La peculiaridad del momento actual en Rusia consiste en el paso de la primera etapa de la revolución, que ha dado el poder a la burguesía por carecer el proletariado del grado necesario de conciencia y de organización, a su segunda etapa, que debe poner el poder en manos del proletariado y de las capas pobres del campesinado.»⁹

Con esta perspectiva, el Partido Bolchevique ganó la mayoría en los soviets y los trabajadores tomaron el poder bajo la dirección de Lenin y Trotski en octubre.

Pero ni Lenin ni Trotski se habían convertido de repente en idealistas, pensando que tomando el poder en Rusia podrían construir el socialismo sin las condiciones *materiales* previas necesarias. Eran perfectamente conscientes de que su programa sólo tenía sentido en el contexto de la revolución mundial.

En una resolución («Resolución sobre el momento actual») de la crucial Conferencia de Abril de los bolcheviques, Lenin situó la Revolución Rusa en su contexto internacional:

«La revolución rusa no es más que la primera etapa de la primera de las revoluciones proletarias engendradas inevitablemente por la guerra.»¹⁰



Fue en el espíritu del internacionalismo que el Partido Comunista Ruso, junto con delegados de otros 33 países, fundó la Internacional Comunista en marzo de 1919. Se creó precisamente para extender la revolución mundial más allá de las fronteras del nuevo Estado obrero.

Ese mismo año, en su polémica defensa del poder soviético, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, Lenin planteó lo siguiente como la posición genuina e internacionalista en relación con la guerra imperialista:

«Si se trata de una guerra imperialista reaccionaria, [...] yo, representante del proletariado revolucionario, tengo el deber de preparar la revolución proletaria mundial como única salvación de los horrores de la guerra mundial. No debo razonar desde el punto de vista de “mi” país (porque ésta es la manera de razonar del mesócrata nacionalista, desgraciado cretino que no comprende que es un juguete en manos de la



burguesía imperialista), sino desde el punto de vista de mi participación en la preparación, en la propaganda, en el acercamiento de la revolución proletaria mundial.»¹¹

Lenin, en otras palabras, estaba preparando no sólo la revolución en Rusia, sino en todo el mundo. Y continúa:

«La táctica de los bolcheviques era acertada, [...] no se basaba en un temor cobarde a la revolución mundial, en una “falta de fe” filisteo en ella [...] estaba basada en una apreciación acertada (antes de la guerra y de la apostasía de los socialchovinistas y social pacifistas, todo el mundo la admitía) de la situación revolucionaria europea. Esta táctica era la única internacionalista, porque llevaba a cabo el máximo de lo realizable en un solo país para desarrollar, apoyar y despertar la revolución en todos los países.»¹²

Y efectivamente, una oleada revolucionaria siguió a la Revolución Rusa,

en Alemania, Italia, Austria-Hungría y otros países. Sin embargo, la clase dominante y la socialdemocracia consiguieron aplastar el movimiento o dirigirlo hacia cauces más seguros.

Hasta que fue incapacitado por enfermedad, Lenin siguió insistiendo en que la construcción del socialismo en la Unión Soviética sería imposible sin la victoria de la revolución socialista en otros lugares, y en los países capitalistas avanzados en particular. En *Mejor poco, pero mejor* (1923), escribió:

«El rasgo general de nuestra vida es ahora el siguiente: hemos destruido la industria capitalista, hemos tratado de destruir hasta sus cimientos las instituciones medievales y la propiedad terrateniente, y sobre esta base hemos creado un campesinado pequeño y muy pequeño, que sigue al proletariado porque tiene confianza en los resultados de la labor revolucionaria de éste. Sin embargo

no nos será fácil apoyarnos sólo en esta confianza hasta el momento en que triunfe la revolución socialista en los países desarrollados, porque la necesidad económica, sobre todo bajo la NEP, mantiene la productividad del trabajo del campesinado pequeño y muy pequeño a un nivel extremadamente bajo.»¹³

Y lo que es más importante, añadió

«... Nosotros tampoco tenemos suficiente civilización para pasar directamente al socialismo, aunque tenemos para ello las premisas políticas.»¹⁴

En otras palabras, cuando Lenin hablaba de pasos hacia el socialismo en la Unión Soviética siempre lo hacía en términos de preservar el Estado obrero (el requisito político del socialismo) hasta que la revolución pudiera extenderse a Occidente. La construcción socialista en la URSS y la revolución mundial no eran dos políticas distintas y opuestas; una estaba intrínsecamente ligada a la otra.

STALIN REVISAR EL MARXISMO

Tras la muerte de Lenin, la situación era la siguiente: las potencias imperialistas no habían podido aplastar a la URSS y restaurar el capitalismo, porque sus propias crisis internas y los poderosos movimientos de la clase obrera se lo habían impedido. Esto creó un nuevo equilibrio, temporal, pero inherentemente inestable.

La URSS había quedado gravemente debilitada por la guerra civil y el aislamiento del mercado mundial en condiciones de extremo atraso económico. La clase obrera estaba reducida a un tamaño aún menor que antes de la revolución, y los trabajadores a duras penas podían participar plenamente en los soviets debido a sus duras condiciones de vida.

La necesidad económica de extender la revolución se hacía sentir brutalmente, sobre todo en esta economía atrasada. Como predijo Marx, la «lucha por las necesidades» continuó e incluso empeoró.

La URSS tuvo que hacer concesiones al mercado para estimular la producción. Esto se llamó la Nueva Política Económica (NEP). Lenin explicó que, precisamente porque el país estaba tan atrasado, era necesario recurrir a métodos capitalistas hasta la victoria de la clase obrera en países más avanzados. Tanto Lenin como Trotski advirtieron sistemáticamente de los peligros que esto conllevaba.

La NEP aceleró el desarrollo de la desigualdad. Permitió que el capitalismo se extendiera en la agricultura, beneficiando a los campesinos más ricos, los *kulaks*. En la industria y el comercio se creó una pequeña clase de capitalistas, conocidos como los 'hombres de la NEP'.

La desigualdad también fortaleció a la burocracia estatal que, por necesidad, tenía que administrarla. La burocracia podía apoyarse en estas capas burguesas contra la clase obrera.

A este problema se sumó la derrota de la revolución alemana en otoño de 1923, que puso fin al periodo de avance revolucionario que siguió a la Primera Guerra Mundial.

Se instaló un nuevo agotamiento. Aparecieron dudas sobre el programa de la revolución mundial, que se correspondían con el cansancio de los trabajadores de la Unión Soviética después de tres años de guerra mundial, dos revoluciones y tres años de guerra civil.

Al mismo tiempo, en enero de 1924, Lenin murió trágicamente. Esto abrió la oportunidad para que una nueva tendencia política saliera a la luz.

Las presiones de clase de los campesinos más ricos y de los hombres de la NEP se reflejaban cada vez más en el Partido Comunista en el poder y, en particular, en

su ala derecha. Esta tendencia fue personificada por Nikolai Bujarin.

Afirmaba que el socialismo podía construirse a «paso de tortuga» y sobre una «base técnica miserable». En otras palabras, se podía construir el socialismo con un bajo nivel de fuerzas productivas. Esto estaba en total contradicción con una comprensión materialista de la historia, pero encajaba perfectamente con la alianza de las capas burguesas y la burocracia, que compartían una aversión a la clase obrera y a la revolución, que veían con razón como una amenaza.

Según este argumento, no había necesidad de pasar por las dificultades de la revolución mundial; no había necesidad de más agitación; podíamos volver a la «normalidad». Efectivamente, todo lo que quedaba para la victoria del socialismo era dejar que la burocracia siguiera con su trabajo.

En el otoño de 1924, Stalin dio una serie de conferencias a jóvenes activistas del partido, que luego se publicaron como folleto, titulado *Fundamentos del leninismo*.

En la versión original del panfleto de abril de 1924 se puede encontrar lo siguiente:

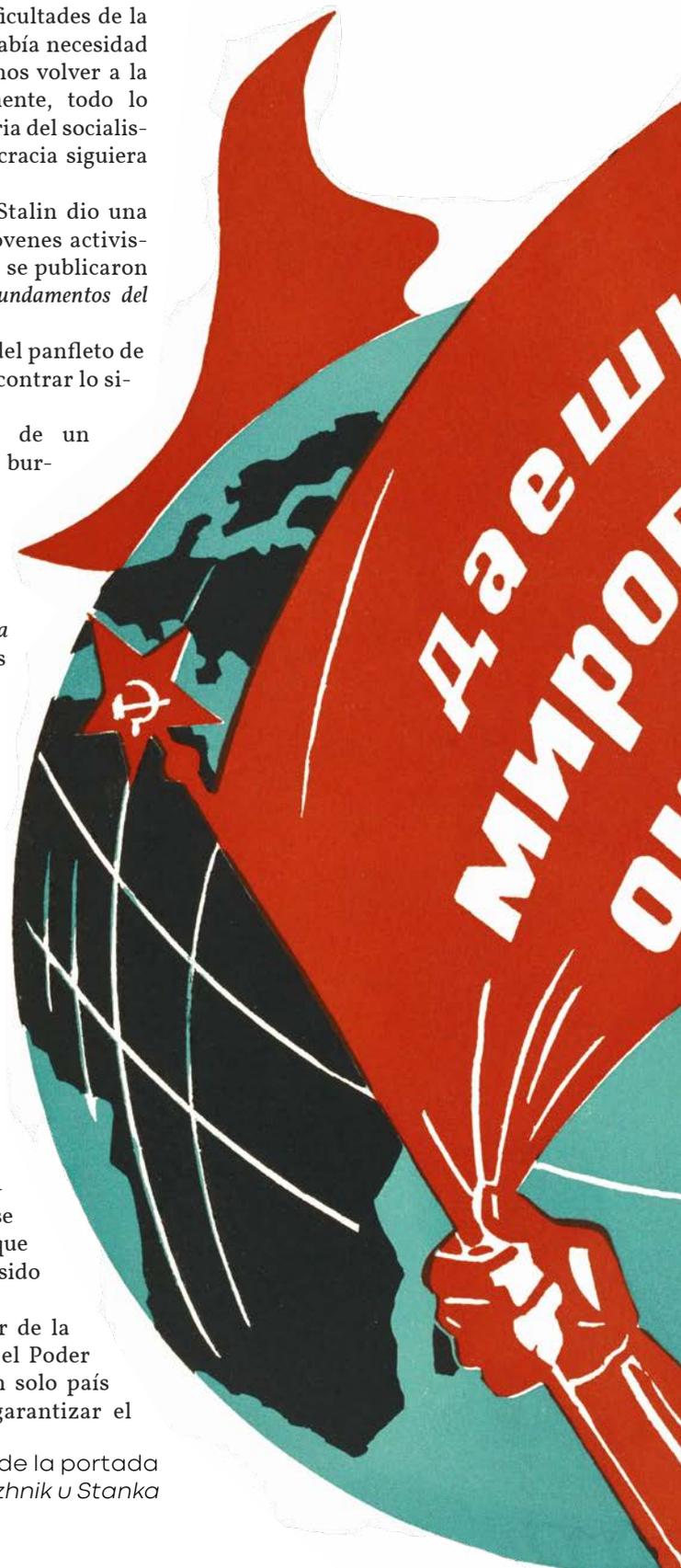
«Bastan los esfuerzos de un país para derribar a la burguesía; la historia de nuestra revolución lo demuestra. La victoria definitiva del socialismo, para la organización de la producción socialista, los esfuerzos de un solo país, sobre todo si es campesino como el nuestro, son ya insuficientes: se necesitan los esfuerzos reunidos del proletariado de varios países avanzados.»¹⁵

Aunque en general el folleto es un ataque a Trotski y a su Oposición de Izquierda, que se había formado en 1923, mantenía la posición de Marx, Engels y Lenin.

Pero unos meses más tarde esta edición fue retirada de la circulación y se produjo una nueva, en la que el pasaje anterior había sido sustituido:

«Pero derrocar el Poder de la burguesía e instaurar el Poder del proletariado en un solo país no significa todavía garantizar el

triunfo completo del socialismo. Después de haber consolidado su poder y arrastrado consigo a los campesinos, el proletariado del país victorioso puede y debe edificar la sociedad socialista. Pero ¿significa esto que, con ello, el proletariado logrará el triunfo completo, definitivo, del socialismo, es decir, significa esto que el proletariado puede, con las fuerzas de un solo país, consolidar definitivamente el socialismo y garantizar completamente al país contra una intervención y, por



«¡Viva la Revolución Mundial de Octubre!» (1931), de la portada de la revista estatal *Bezbozhnik u Stanka*

tanto, contra la restauración? No. *Para ello es necesario que la revolución triunfe, por lo menos, en algunos países.*»¹⁶

En lugar de alcanzar el socialismo a través de la revolución mundial, la prioridad para los trabajadores de un Estado obrero, en este caso la URSS, se había desplazado a la construcción del socialismo por ellos mismos. La lucha por derrocar el capitalismo en todo el mundo se mantenía (por ahora), pero ahora simplemente para garantizar la sociedad socialista contra la intervención exterior.

Stalin explicó en *Cuestiones de leninismo* lo que consideraba el defecto de la posición anterior de la siguiente manera:

«Su defecto consiste en que funde una sola dos cuestiones distintas: la cuestión de la *posibilidad* de llevar a cabo la edificación del socialismo con las fuerzas de un solo país, cuestión a la que hay dar una respuesta afirmativa, y la cuestión de si un país con dictadura del proletariado puede considerarse *completamente garantizado* contra la intervención...»¹⁷

La concepción marxista y materialista de la construcción del socialismo quedaba así eliminada. Stalin eliminó las referencias al atraso de Rusia y a la necesidad de que la revolución se extendiera a los países avanzados. La organización de una economía plenamente socialista era ahora posible, según Stalin, dentro de los confines no sólo de un único Estado, sino de uno tan atrasado y empobrecido como la Rusia de los años veinte.

ABANDONO DE LA REVOLUCIÓN MUNDIAL

Stalin incluso admitió a medias que estaba revisando la posición, cuando escribió en *Fundamentos del leninismo*:

«Además, antes se creía imposible la victoria de la revolución en un solo país, suponiendo que, para alcanzar la victoria sobre la burguesía, era necesaria la acción conjunta de los proletarios de todos los países adelantados o, por lo menos, de la mayoría de ellos. Ahora, este punto de vista ya no corresponde a la realidad.»¹⁸

El argumento de Stalin es completamente deshonesto, y mezcla deliberadamente la cuestión de la toma del poder por la clase obrera con la cuestión de la construcción del socialismo. La cuestión nunca fue si el proletariado podía tomar el poder en un país. Marx, Engels, Lenin y Trotski defendían que la revolución debía extenderse de país en país, lo que presupone que comienza en algún lugar. La cuestión que se planteaba era si el socialismo podía *construirse*

con los recursos materiales de un solo país. Esa fue la revisión de Stalin.

Este argumento de hombre de paja fue utilizado como arma contra Trotski y la Oposición de Izquierda tras la muerte de Lenin. Afirmando que Trotski y la Oposición de Izquierda tenían la absurda idea de que los obreros no podían lanzar una revolución en su propio país a menos que ocurriera en todas partes a la vez, Stalin podía entonces argumentar que la Revolución Rusa había refutado su argumento, y en el proceso podía desenterrar varias citas en las que Lenin ridiculizaba tal idea.

Esta distorsión de las ideas básicas de la teoría marxista con fines fraccionales se convertiría en una tradición arraigada del estalinismo.

Stalin incluso argumentó en la XV Conferencia del Partido Comunista en 1926 que la posición de Marx y Engels sólo se aplicaba a la fase anterior del desarrollo capitalista. Según él, en la época del imperialismo, con las agudas contradicciones entre las potencias imperialistas, la victoria del socialismo en países individuales era posible, a través de una brecha en el «frente imperialista». Esto es darle la vuelta a las cosas. Por el contrario, la extrema interdependencia de la economía mundial moderna demuestra que el análisis del capitalismo de Marx y Engels es aún más aplicable en la actualidad que durante sus propias vidas.

En 1928, Trotski argumentó que la estrechez nacional en política era «donde descansa la base teórica del espíritu nacional, que manifiesta sus límites en política y se convierte después en una fuente de inevitables errores nacional-reformistas y socialpatriotas»¹⁹. El curso de la historia ha dado la razón a Trotski.

La adopción de la teoría revisionista del «socialismo en un solo país» condujo al abandono de la revolución mundial por parte de la dirección de la URSS. En sus manos, la Internacional Comunista se convirtió en nada más que un instrumento de la política exterior dirigida desde Moscú. Y en 1943, la Internacional fue disuelta como gesto hacia los Aliados. El partido mundial de la revolución socialista, fundado por Lenin, había sido totalmente destruido.

Hoy, nunca ha sido más urgente sentar bases sólidas para un nuevo movimiento comunista, volviendo al internacionalismo de Marx, Engels, Lenin y Trotski. Sólo rearmando al movimiento obrero con estas ideas podremos asegurar la victoria de la revolución comunista mundial. ■

Referencias en línea
americasocialista.org/amsoc37
o escanea el código QR



¿ERES COMUNISTA?



¡ORGANÍZATE!

La **Internacional Comunista Revolucionaria** es una organización comunista revolucionaria con miles de militantes y presencia en más de 60 países de todo el mundo.

Organízate en la lucha contra el capitalismo: **únete.**



america
socialista.org/
unete